

# La Ilustración Artística



AÑO XXXII

BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1913

NÚM. 1.663

## EL NUEVO CONSEJO DE MINISTROS ESPAÑOL



1. D. Eduardo Dato (Presidencia). (De fotografía de Asenjo). - 2. D. José Sánchez Guerra (Gobernación). - 3. Marqués de Lema (Estado)  
 4. General Echagüe (Guerra). - 5. Marqués de Vadillo (Gracia y Justicia). - 6. Vicealmirante D. Augusto Miranda (Marina)  
 7. D. Francisco Bergamín (Instrucción Pública). - 8. D. Javier Ugarte (Fomento). - 9. D. Gabino Bugallal (Hacienda). (Fotografías de Vidal.)

# SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La hermana santa*, por Enrique Godo. — *Barcelona. Exposición de cruces. — Proclamación del Presidente de la República china.* — Excmo. Sr. D. Manuel Andrade. — Excmo. Sr. D. Joaquín Sagnier. — *El general Huerta. — Madrid. El nuevo embajador de los Estados Unidos. — Monumento a Víctor Hugo. — El vehículo más antiguo de América.* — Barcelona. Homenaje a la memoria de Malats. — *Gil de Csaircoeur* (novela ilustrada; continuación). — *El esmalte japonés*, por Maximiliano Kutschmann. — *Libros enviados a esta redacción.*

**Grabados.** — *El nuevo Consejo de Ministros español* (lámina de retratos). — Dibujo de Carlos Vázquez, que ilustra el cuento *La hermana santa.* — *El manantial*, escultura de Valentín Casal. — *Lección de calceta*, cuadro de Juan Duncán. — *Cruces parroquiales* (lámina). — *El nuevo Presidente de la República China saliendo del Palacio de la Ciudad Prohibida.* — *Sus hijos en el colegio inglés de Cheltenham.* — Sr. D. Rafael Andrade. — Sr. D. Joaquín Sagnier. — *El general Huerta. — San Lorenzo ante Valeriano; El martirio de San Esteban*, cuadros de C. Fracassini. — *Entierro de San Lorenzo*, cuadro de F. Grassi. — *San Esteban condenado a la lapidación*, cuadro de P. Mei. — *Notas de Madrid, Gnerney, Los Angeles y Barcelona.* — Fotografías que ilustran el artículo *El esmalte japonés.* — *El eminente actor Ermete Zacconi en la última escena del drama «Napoleón».*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vengo de recorrer pueblos y aldeas, monasterios y castillos, paisajes y rincones de leyenda, y me he convencido de que antes de visitar el extranjero debiéramos conocer bien el país natal. Y acaso yerro; vale más empezar por salir de casa, pues la comparación con lo que tanto se alaba fuera, es lo que nos da idea exacta de lo propio.

No hay asomo de parcialidad en la afirmación de que Galicia es la tierra privilegiada donde debiera florecer el turismo (aunque por ahora está más seco que floreciente).

Es difícil que en comarca alguna se junten así los encantos de la naturaleza con los del arte. (Del arte antiguo, por supuesto). Existe todavía mucho, a pesar de vandalismos y rapacidades, sobre todo en arquitectura (nadie carga con una iglesia, naturalmente), en la región que posee la gran maravilla de la belleza cristiana y de la arquitectura civil en la Edad media: el Pórtico de la Gloria y el Palacio de Gelmírez, que hoy se está descubriendo, merced a la labor inteligentísima de D. Vicente Lampérez.

De esta riqueza monumental se encuentran testimonios en todas partes. A la revuelta de un camino asoma un templo románico; párase el automóvil, para daros tiempo a que lo admiréis, y tal vez a que echando pie a tierra entréis a curiosarlo (si bien por dentro no suelen tener tanto interés como al exterior). Poco después, un castillo, un Pazo viejo, la mole gris de un convento, un puente romano, una calle tan curiosa como la de *los Hórreos*, en Combarro. Las casas lucen arcaicas ventanas, puertas doveladas, esbozos de torrecillas, muros comidos de líquen, por los cuales la madre selva trepa con elegancia modernista.

\* \*

Sólo una ciudad, Pontevedra, encierra ejemplares de todos los estilos arquitectónicos que se han sucedido al través de las edades en la Península (excepto el árabe, que en Galicia, sin faltar del todo, escasea hasta poder calificarse de rarísimo).

La iglesia de San Francisco, restaurada, es típicamente ojival, y la engalanan cuatro interesantes sepulcros con bultos yacentes, uno de los cuales encierra — o mejor dicho encerró, pues ya han desaparecido — los restos de tan histórico personaje como Payo Gómez Chirino, gran mareante y campeador del siglo XIII, a quien se atribuye el hecho brillante de la conquista de Sevilla, por haber sido sus naos las que rompieron el puente de barcas, defensa que los moros hicieron y era casi inexpugnable. Dice así la inscripción del sepulcro, asaz notable:

*Aquí yace el muy noble caballero Payo Gómez Chirino, el primeiro señor de Rianjo, que ganó a Sevilla siendo de moros, y los privilegios de esta villa: año de 1308.*

Este noble epitafio me recuerda otro que acaban de mostrarme en Orense, y que tiene más *bonhomie*: el muerto es calificado de *cavalleiro verdadeiro, gran cazador é monteiro*... La tumba de Payo Gómez Chirino evoca en mí el recuerdo de un escritor hoy olvidado completamente, y que en vida tampoco logró fama notoria; José Benito Amado, amigo de mi pa-

dre, frecuente visitador de nuestra Torre de Miraflores, próxima a Pontevedra, cuando yo era bien niña. Como ya entonces despuntaba mi culto a las Musas, Amado me escribía versos y me contaba leyendas, siendo la primera la del Almirante poeta que ganó a Sevilla. Claro es que, dejándose de indecisiones históricas Amado prescindía del otro Almirante, Bonifaz, el que en opinión general realizó la hazaña. Amado no admitía ni en hipótesis que se debiese sino a Chirino a quien profesaba una especie de culto. Por ser en todo figura romántica el «Almirante del Mar» hasta su muerte decía Amado que fué sangrienta, de puñalada traidora en el atrevido e impávido corazón.

\* \*

Los otros tres sepulcros son el de una dama que lleva el cordón de San Francisco, ceñido al talle, y de otra dama y un caballero de esa casa de Sotomayor que se encuentra aquí dondequiera, llenándolo todo, pues es como los Andrades en las Mariñas de Betanzos: lo señorial indiscutido. En la mayor parte de las sepulturas, en las casonas de Orense, encuentro los cuarteles que conozco tanto. Estas hojas de higuera de Figueroa, estas lises de Maldonado, me traen a la memoria semblantes de parientes, alguno de los cuales nació y vive bien lejos de Galicia, en Salamanca, donde el nombre de Maldonado es también familiar. De la casa de Sotomayor queda, como blasón orgulloso, el espléndido Castillo de Sotomayor, que gracias a la más inteligente de las restauraciones, la que se limita a reponer un monumento en su estado primitivo, podemos admirar casi intacto, como un bello zequí veneciano con su flor de cuño. Y aun cuando se diga que las ruinas son bellas y tienen infinita poesía, mejor es que los edificios se conserven desafiando al tiempo destructor. En Pontevedra causa pena ver en ruinas dos edificios como el convento de Santo Domingo, del cual sólo existe una parte, hoy convertida en Museo, y la preciosa casa que unos llaman de los Churruchaos y otros de Payo Gómez de Sotomayor. Ésta luce sus bellas ventanas del más elegante y rico estilo gótico; pero, sin tejado, está en riesgo inminente de venirse a tierra, como acaba de suceder con un lienzo entero del claustro, en otra magnífica ruina, de la cual pronto no quedarán ni vestigios: el monasterio de San Esteban de Rivas de Sil, que tuvo la fortuna de poder visitar, realizando una ascensión fatigosa, cuando empezaba su degradación y a menos costa hubiera podido remediarse. Honda pena causa que desaparezcan, ante nuestros mismos ojos, las joyas de la tradición.

\* \*

De los templos de Pontevedra, Santa María es el más aparatoso, y da testimonio de la largueza del gremio de marcanes, que lo elevó. Está situado en una colina, y lo decora amplia escalinata. Su estilo es plateresco, y parte de sus motivos decorativos recuerdan los del Archivo de Alcalá. En el imponente campea una composición que representa la Muerte de la Virgen; y me trae a la memoria otra obra de arte que, en realidad, nada tiene que ver con ella. Se me antoja ver el famosísimo lienzo de Rosales, *El Testamento de Isabel la Católica*. La composición es análoga, y el lecho en que yace la Virgen es del siglo XVI, con sus talladas, lujosas columnas, su baldaquino, semejante al del cuadro. Los personajes que la rodean, tienen análogas actitudes. Este asunto, casi pictórico, aunque esculpido, y la espléndida crestería, son lo que más llama la atención. Cuando entré en la parroquia, alguien me hizo notar ciertos bajorrelieves (que casi no se perciben ya, porque al quitarles la cal lo han estropeado todo), donde nuestra madre Eva se dedica a manejar el huso.

\* \*

Hay en Pontevedra un templo desestimado por los arqueólogos, y que a mí me hace, lo confieso, muchísima gracia. No cabe suponerlo anterior a la segunda mitad del siglo XVIII, y es del estilo que llamaré mestizo de Churriguera y Luis XV. Me refiero al que se consagra a la «Divina Peregrina», patrona de Pontevedra, en cuyo honor se celebran todos los años unas fiestas muy repicadas, con muchos fuegos y bailes. El templo es chico, redondo, con más aire de camarín que de iglesia. La Divina Peregrina, cuya efigie en piedra se alza coronando la puerta, en un nicho, es una dama de la corte del rey Luis XV, con estrecho corselete y amplio *vertugadin*. Encuentro un encanto peculiarísimo en este templo, que en vez de suscitar ideas de mortificación y

devoción, tiene el gesto galante y almizclado de la época a que corresponde. Es injusto el desdén que pesa sobre el lindo edículo.

\* \*

Hoy, en Pontevedra, existe una sugestión especial. Hay un enigma, una nebulosa, un misterio, que empieza a disiparse, pero todavía inquieta, y flota en la pureza de este riente cielo, de este ambiente templado, suave, en que la brisa del mar no tiene aspe- reza alguna, y llega al pulmón blanca y acariciadora. Tal enigma presta interés apasionante a una ciudad, no tan empujada por el progreso como, verbi- gracia, Vigo. Algo espiritual asciende de las ligeras y doradas brumas de la ría. Esta urbe, que guarda o guardó las cenizas de tanto marino y navegante ilus- tre, los ve palidecer a todos, esfumarse a todos, ante el que empieza a fulgurar en su historia. Es el nom- bre de más eco, el nombre resonante, mundial. No ha mucho, ignorábase que existiesen pruebas docu- mentales de haber nacido en Pontevedra Cristóbal Colón.

Estas pruebas las ha aportado el erudito teuren- se D. Celso García de la Riega. Yo no sé si he ha- blado aquí de este sensacional descubrimiento, pun- to menos inesperado que el de América, del cual Colón no llegó, en toda su vida a darse cuenta exacta. Debo añadir que, al pronto, cuando García de la Riega dió la voz de aviso, el primer movimiento fué de incredulidad y aun de risa. Las Academias se en- cogieron de hombros. ¡Bah, estos gallegos! ¡Colón tocando la gaita! Y fué necesario que en los Estados Unidos empezasen a fijarse, para que enderezasen la oreja, aquí. En los Estados Unidos se fijaban, ¡ya lo creo! Hay países que cuanto más nueva es la idea más la consideran digna de ser atendida. La Histo- ria no es una petrificación: cada día se averiguan cosas.

Por otra parte, la patria de Colón había sido siem- pre objeto de disputa enconada, lo cual prueba que, dígame lo que se diga, no existían certidumbres. La opinión más general, apoyada en las mismas pala- bras de Colón, era que hubiese nacido en Génova. Nótese, sin embargo, que la explícita declaración del Almirante no bastó para evitar discusiones: des- de un principio, se puso en tela de juicio su pala- bra. Los primeros historiadores de Indias, sin em- bargo, anduvieron acordes en darle por genovés, si bien algunos se contentaban con suponerle de la ri- bera januense, de alguna aldehuela como Nervi o Saona. Si se diese entero crédito a Colón, sería de la misma Génova, no de otra parte. En nuestro siglo un sacerdote corso intentó demostrar que Colón era nacido en Calvi, aldea de Córcega; y la idea fué muy lisonjera para los corsos, que tuvieron por seguro ha- ber producido aquella isla al amo del mundo anti- guo y al descubridor del nuevo: *antiqui domitor mundi, inventorque recentis*.

Hay singularidades que impiden prestar fe a las palabras mismas de Colón. Es extraño que Fernan- do Colón, hijo del Almirante, pusiese tanto cuidado en ocultar y desvanecer en el misterio los antecede- ntes de nacimiento y familia de su padre, y atribuyese a Dios el alto designio de que fuesen desco- nocidos su origen y su patria. Es indudable que Co- lón se propuso (como otro *Lohengrin*) esconderlo todo ello, lo más posible.

«No soy el primer Almirante de mi familia», de- claró. — «Pónganme el nombre que quisieren.» — «David guardó ovejas antes de ser Rey.»

Es probable que quisiese celar, no sólo la humil- dad de su condición de cardador, sino, sobre todo, la raza de que procedía: Judíos portugueses.

Entre las pretensiones y aspiraciones de Colón, figuró, en primer término, la nobiliaria. En el si- glo XV, demostrado su origen, no era fácil que se le cumpliera el deseo de figurar, al lado de la más en- cumbrada nobleza de Castilla. No hubiese podido su hijo contarse entre los pajes del Príncipe Don Juan, que era como tener ahora la llave de gentil- hombre...

Y por esto, y por mucho más que no cabe aquí, espesó Colón su nebulosa, y se ignoró que el primer Almirante de las Indias naciese, donde nacieron otros Almirantes muy ilustres... En Pontevedra.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

LA HERMANA SANTA, POR ENRIQUE GODO, dibujo de Carlos Vázquez



¿No ve cómo está de sucio este sombrero?

I

Humildemente, con la serena paz del bienaventurado, fué a vivir D. Pedro de Aldabán a un cuartito modesto, en pleno barrio de dignidades humildes.

Eran sus hijos: Mari-Juana, la mayor, y Alfonso, que andaba, por entonces, en el tercer año de Leyes. Un viejo servidor de la familia continuaba al servicio de los esplendores pasados y de los afectos presentes. Era la depuración, toda amor, de una corte magnífica, que en otros tiempos fué.

El padecimiento incurable de Doña Isabel llevóse con ella las postreras grandezas. Diríase que como legado dejaba tras sí, ciertamente, escasos bienes; pero muchos amables recuerdos también y grande amor. Y, sobre todo, el gesto de resignación serena en los sufrimientos.

Serenidad de cielo tenían los ojos de Mari-Juana en aquella altura del cuartito humilde. Solicitud de madre había en el amor de sus muchos cuidados. Y esa extraña alegría del sacrificio, que acalla las penas propias, cantaba bienandanzas para todos, en su risa jovial.

Todas las mañanas, tan madrugadora, abría el pequeño balcón, bajo el alero. Y con el aire fragante y fresco, llegaban a ella unos rayos de sol.

Mari-Juana, risueña, despertaba a voces a los dormilones.

— Mirad, mirad: todo este azul se nos entra ya en casa... ¡Es una bendición de Dios!

El viejo servidor miraba, deslumbrado, al espacio. Entonces, padre e hijo levantábase diligentes.

— ¡Qué día espléndido!

Y Mari-Juana servía, ella misma, el desayuno.

Su hermano Alfonso era muy desaliñado. Al irse a la Universidad, por las mañanas, se ponía el sombrero según lo encontraba. Siempre Mari-Juana tenía que amonestarle.

cuando Mari-Juana se asomó a la puerta de su cuarto, el viejo servidor gritó:

— Levántense los señores, que ya el sol viene por el pasillo.

— Pero ¡si está nublado, Andrés!, dijo riendo Mari-Juana.

Y el servidor repuso:

— Es que en esta casa la señorita es el sol.

Y de esta suerte, apenas los dos señores salían — uno a los estudios y otro al paseo —, Mari-Juana comenzaba, con la solícita ayuda del viejo criado, los quehaceres domésticos. Sobre todo, aseaba la mesa del estudiante, siempre revuelta de papelotes, y lo ponía todo en buen ordenamiento, no sin leer antes las últimas cuartillas: que eran versos unas veces y otras artículos elegantes.

— ¡Vaya con el minúsculo señor letrado!, decía. ¡Y qué cosas tan lindas hace!.. Pero este libro aquí: eso es. Pues ¡no riñe poco si le desordenan este desorden!

II

El Sr. Alfonso precipitó su carrera. Llamábale la hermana, muy orgullosamente, «el estudiantón». D. Pedro, antes que el hijo se licenciara, acudía a sus influencias y tenía ya un nombramiento como secretario particular de un diplomático, en París. Que esto del bienestar de sus hijos era, las más veces, el principal motivo de los paseos.

Hubo de marcharse el Sr. Alfonso, aun a disgusto suyo, por los cariños que sacrificaba. Mari-Juana se dolía también; pero como siempre que un pesar se adentraba en su alma, una animosa sonrisa aparecía en sus labios.

El Sr. Alfonso, en el gabinete lujoso del secretario, añoraba mucho a su padre, a su hermana y al viejo servidor. Todos los días observaba un de-

— Véngame acá el señor, decía ella. Pues ¿no ve cómo está de sucio este sombrero? ¡Si no fuera por su hermana, luciría el polvo de los siglos! ¿Y esa corbata? ¡Qué martirio! Véngame acá...

Y con la habilidad de sus deditos color de rosa, le hacía el lazo primorosamente. El Sr. Alfonso, en tanto, riendo la miraba a los ojos. Y al acabar, le pagaba el servicio con un beso silencioso, largo, suave, que sí era una bendición.

D. Pedro y Alfonso parecían niños grandullones ante Mari-Juana, la mayorcita. Acataban sus órdenes con docilidad, callando temerosamente las alabanzas. Mari-Juana era dos años mayor que Alfonso, no más; pero en aquella casa, sin madre, ella lo disponía todo.

Así una mañana nubosa,

fecto más en el cuidado de la mesa; bien que un defecto íntimo, casi imperceptible. Aquellas papeletas no guardaban el misterioso orden que en su casa y las últimas cuartillas permanecían conforme él las dejaba, sin que una mano curiosa y amable las moviese para leerlas.

La cabeza sobre la mano y el codo sobre la mesa, así evocaba el Sr. Alfonso, hora tras hora, la alegría sencilla de aquel lejano cuartito humilde. ¡Qué tristeza sería, también, la de Mari-Juana al cuidarle sus antiguos libros! Pero ¿y si en la hora del tedio se asomaba al balcón y en la acera de enfrente un lechuguino le hacía señas? ¡Ah, el intruso!..

Y un día lo escribió a Mari-Juana. Pero Mari-Juana, como apostilla en una carta de D. Pedro, contestóle:

«He recibido tus graciosas líneas. ¡Tontin!»

No decía más. El Sr. Alfonso leyólo dos veces, tres veces, cinco veces; y oía la risa juguetona de Mari-Juana. Lo cual era, después de todo, como un consuelo.

Transcurrió un mes: transcurrió un año. Y entre añoranzas, y también alegrías, no era el vivir tan ingrato como al principio imaginó.

Pero un día le llevaron un telegrama.

El cual decía:

«PAPÁ GRAVÍSIMO. VEN.»

III

Bien hubo de ver Alfonso que el telegrama llegó a sus manos con retraso. Adrede lo ocasionó Mari-Juana, porque aun en la máxima gravedad de su padre, confiando ella en esa esperanza de bien — que hasta el postrer instante mantiene el amor —, no creyó necesario interrumpir la carrera venturosa de su hermano.

Así fué que, entrando Alfonso en el cuartito humilde, se distendió, puerta allá, la última nubecilla halitosa de los cirios de velatorio.

D. Pedro había sido enterrado aquella misma mañana.

Augustamente serena, en el recibimiento esperó Mari-Juana al hermano. Y no hubo una sola exclamación. Fueron los brazos amparo del quieto dolor; mientras las cabezas se inclinaban, sobre el hombro del hermano, sobre el corazón de la hermana. Y en largo espacio, así permanecieron religiosamente suspensos del coloquio de las almas...

La serenidad de entrambos, en aquellos primeros días de meditación, parecía afirmarse en propósitos bien definidos, que uno y otro callaban.

Alfonso avizoraba, serenamente, en su porvenir. Las fantasías de antiguos proyectos diplomáticos eran evocadas nuevamente con ánimo analítico e iban desfilando, ahora, con iguales brillantes halagüeñas, es verdad; pero había, sobre todas ellas, como un extraño rojor de sacrificio. ¡Señor, y por qué, por qué sentía en su corazón que no le complacían lo mismo que antes! ¡Cómo se insinuaba, se determinaba, se afirmaba, decididamente, la idea angustiosa del renunciamento!

En este punto, un recuerdo simplicísimo acudió en su ayuda, como tenue rayo de luz. Él habló a su hermana, un día, del temido intruso; y ella sólo dijo

«tontín». ¿Quién podía ser el intruso en la nueva posición, tan humilde?

El renunciamiento iba, de esta suerte, afirmándose más en aquel modesto piso alto, donde la mayorcita le despertaba con solicitud de madre y con alabanzas del sol. Y unas veces ese renunciamiento aparecía, como en milagro, escrito sobre una cuartilla misteriosa — visible, pero intangible —, después de haberle Mari-Juana aseado la mesa. Y había en ese renunciamiento el imperativo de un singular amor, que era filial y era fraternal y aun, en ocasiones, era paternal; pero siempre, extrañamente, con celos del intruso.

El Sr. Alfonso no acertaba, en manera alguna, con la justa solución.

Pero aconteció, veinte días después, que hallándose el Sr. Alfonso y Mari-Juana sentados en holgadas butacas, ante el horizonte abrigado magníficamente por la puesta de una tarde de invierno, fría y serena, la espiritualidad del momento hubo de inspirarles esa difícil plática.

El Sr. Alfonso, abstraído, mirando la primera estrella vespertina, que viera también cada tarde, desde París, afirmábase en el renunciamiento de todo recuerdo de grandezas...

Mari-Juana, puestos los ojos penetradoramente en el Sr. Alfonso, recordaba acaso, con mucha piedad y más amor, los celos contra el pretendido intruso...

Ello es que Mari-Juana hubo de interrumpir el silencio. Y así, quedamente, dijo:

— Pues, ¿cuándo vuelves a París, Alfonso?

El Sr. Alfonso descendió su mirada hasta la alfombra y sin osar elevarla de nuevo, tras unos instantes de meditación, respondió:

— Nunca...

La hermana no se atrevió a continuar.

Sucediose, con esto, una pausa prolongada y elocuente.

Y otra vez el Sr. Alfonso, muy despacio, elevó su mirada hasta la estrella vespertina, que a sus ojos, ahora, destriaba en haces el clarísimo fulgor.

Hasta que, por fin, el Sr. Alfonso dijo:

— Pues y tú, Mari-Juana, ¿cuándo te casas?

Entonces, serenamente, como resolución bien premeditada, ella respondió a su vez:

— Nunca.

Y no hablaron más.

Sucedieron los días, las semanas, los meses: un año también.

Todas las mañanas, Mari-Juana abría el pequeño balcón, bajo el alero. Y a voces decía:

— Mirad, mirad: todo este azul se nos entra ya en casa... ¡Es una bendición de Dios!

Y el viejo servidor miraba, deslumbrado, al espacio.

#### IV

El cartero llevó una carta para Mari-Juana. Estaban ella y el señor Alfonso de sobremesa.

— ¿Quién te escribe, Mari-Juana?, dijo el señor Alfonso.

Mari-Juana repuso:

— No sé...

La letra del sobrescrito le era desconocida.

Y abrió el pliego ante el hermano.

¡Qué sorpresa! Era de una amiga suya, compañera de colegio. ¡Tanto tiempo sin saber de ella!

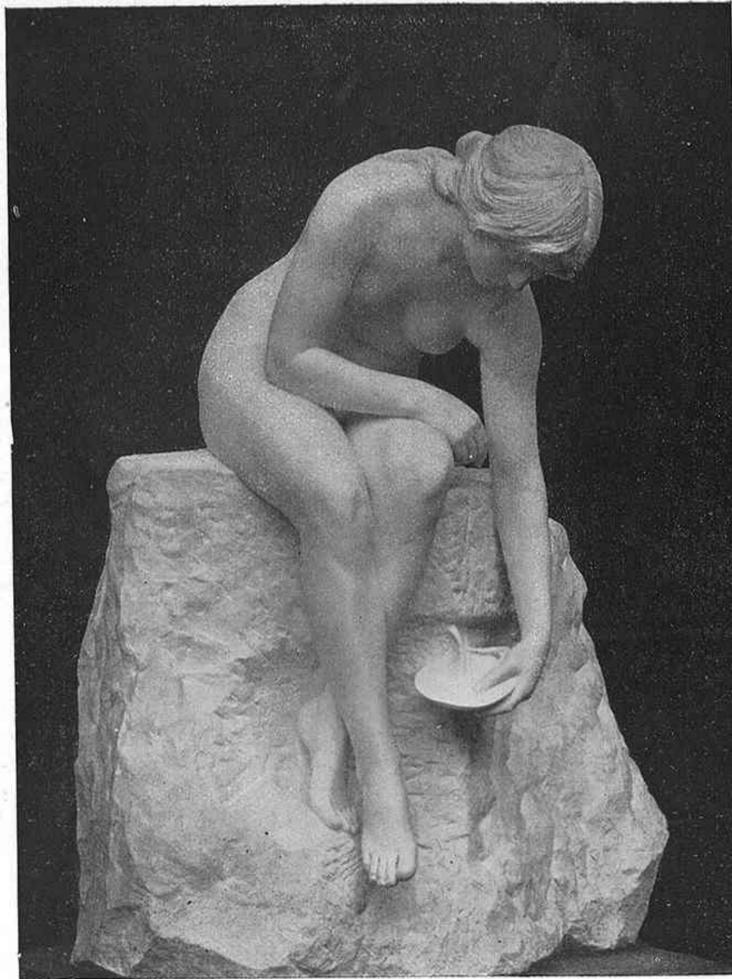
Y le decía, con mucho alborozo, que se había ca-

sado. Elocuentemente, con pormenores exquisitos, ingenua y feliz, hacía como la disección de su alma en el relato de las múltiples sensaciones de novia:

Llevaba ya cuatro carillas de letra diminuta y correcta diciendo parabienes y en los últimos párrafos, a su amiga del siguiente modo contestaba:

«En este cuartito humilde que te digo, vivimos sosegadamente mi hermano y yo. Este cuartito es..., ¿cómo decirte?... es un pequeño convento, todo paz y todo amor. Yo soy como una monjita y mi hermano, tan bueno, el capellán.

»Pienso que así viviremos, Dios mediante, por largo tiempo...»



El manantial, escultura en mármol de Valentín Casal (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich, 1913.)

todas finas, elegantes, sutiles... En la última línea, amorosamente preguntaba:

«Y tú, Mari-Juana, ¿cuándo te casas?»

tría y el amor al Arte, amores que han allanado todos los obstáculos que a primera vista se ofrecían a la realización del pensamiento de los artistas catala-

nes. Terminó nuestro prelado dando las gracias a los señores obispos que con tanto entusiasmo han contribuido a la exposición facilitando la gran manifestación de la Cruz en el arte; a los artistas, cuyos esfuerzos han dado por resultado tan hermosa obra, y al Ayuntamiento de Barcelona, que ha hecho también cuanto estaba de su parte para el mejor éxito de la exposición.

Entusiastas aplausos coronaron la bellísima oración del Dr. Laguarda.

Los concurrentes al acto recorrieron luego las diversas salas en que la exposición está instalada, admirando los hermosos ejemplares de cruces procesionales y las reproducciones fotográficas de las de término que en ella figuran y que forman una exhibición interesantísima de las manifestaciones de esta rama del arte cristiano en nuestra región desde sus primeros tiempos hasta las épocas de su mayor florecimiento.

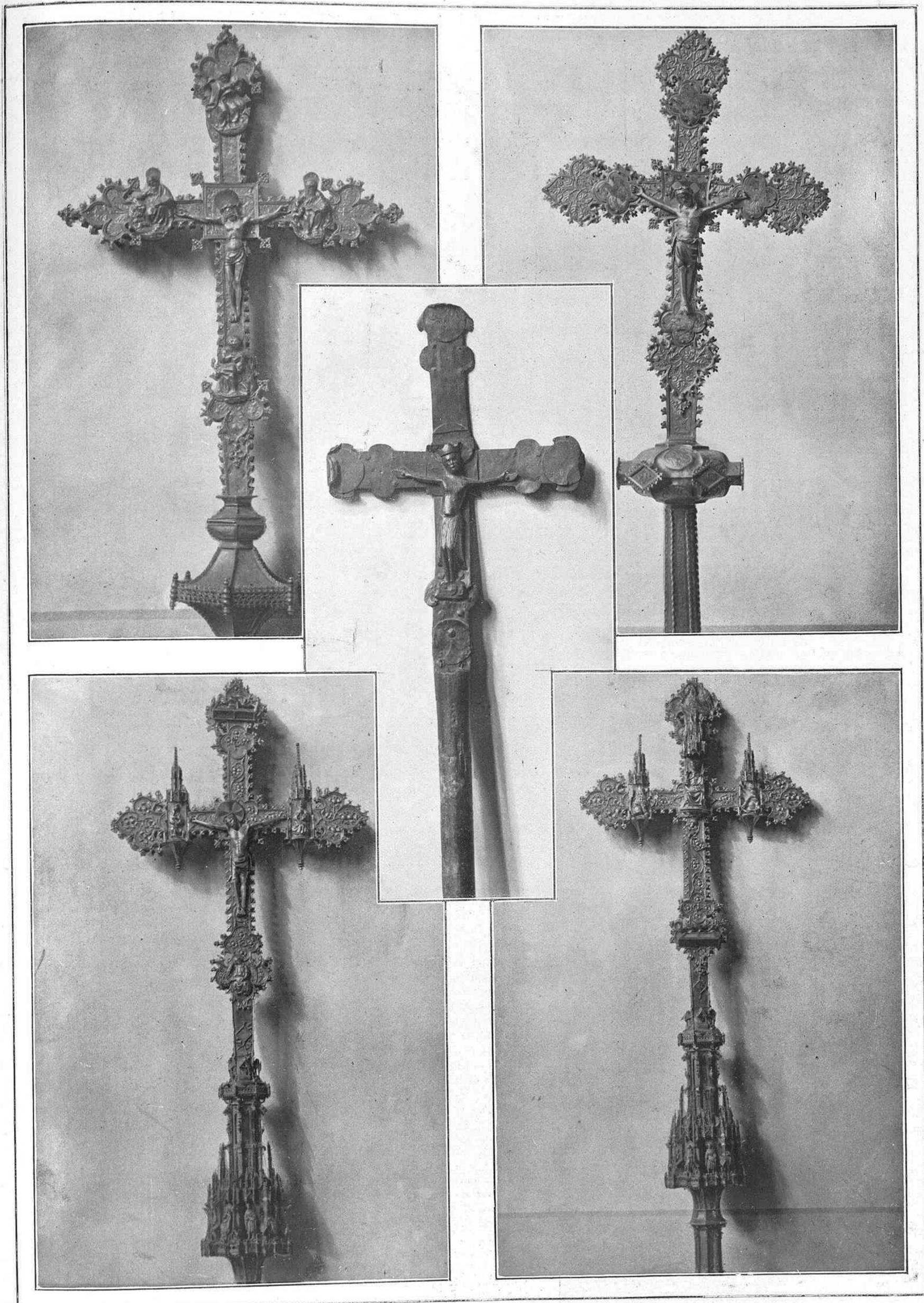
En la página siguiente reproducimos algunas de las principales cruces que en la exposición han figurado; por ellas podrá comprenderse la importancia que la exhibición ha tenido y que ha sido reconocida unánimemente por el gran número de



Lección de calceta, cuadro de Juan Duncán

En el escritorio del Sr. Alfonso, aquella tarde Mari-Juana, quietamente, escribía.

artistas, críticos y otras personas inteligentes que la han visitado.



Cruz parroquial de Puig Vert. - Cruz parroquial de Glorieta (Tarragona). - Cruz existente en el Museo de Lérida  
Cruz parroquial de Cardona (anverso). - Cruz parroquial de Cardona (reverso). (Fotografías de F. Serra.)

## PROCLAMACIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA CHINA

A las once de la mañana del 10 de octubre último, cuatro días después de haber sido elevado a la suprema magistratura de la República china, tomó posesión de su cargo el nuevo Presidente Yuan-Chi-Kai. El acto se efectuó en el Salón de Audiencias del palacio de la parte de Pekín llamada la Ciudad prohibida, en donde, en otros tiempos, la emperatriz madre y el emperador Kwang-Hsu recibían el día de año nuevo.

La ceremonia fué solemnísimamente y a ella concurrió todo el Cuerpo Diplomático.

Yuan-Chi-Kai leyó un mensaje, en el cual, después de declarar cuánto aprecia las buenas disposiciones unánimes de las potencias respecto de China y de exhortar a los chinos a que con toda sinceridad se esfuercen por fortalecer las amistades internacionales, añadía:

«Declaro aquí que todos los tratados, convenios y otros compromisos firmados con los gobiernos extranjeros, sea por el antiguo gobierno manchú, sea por el gobierno provisional, serán rigurosamente cumplidos y que lo mismo sucederá con todos los contratos firmados con personalidades o compañías extranjeras.

»Además, confirmo por el presente mensaje todos los derechos, privilegios, inmunidades de que gozan los extranjeros en China, en virtud de los usos establecidos o de compromisos internacionales y de decretos del gobierno chino.

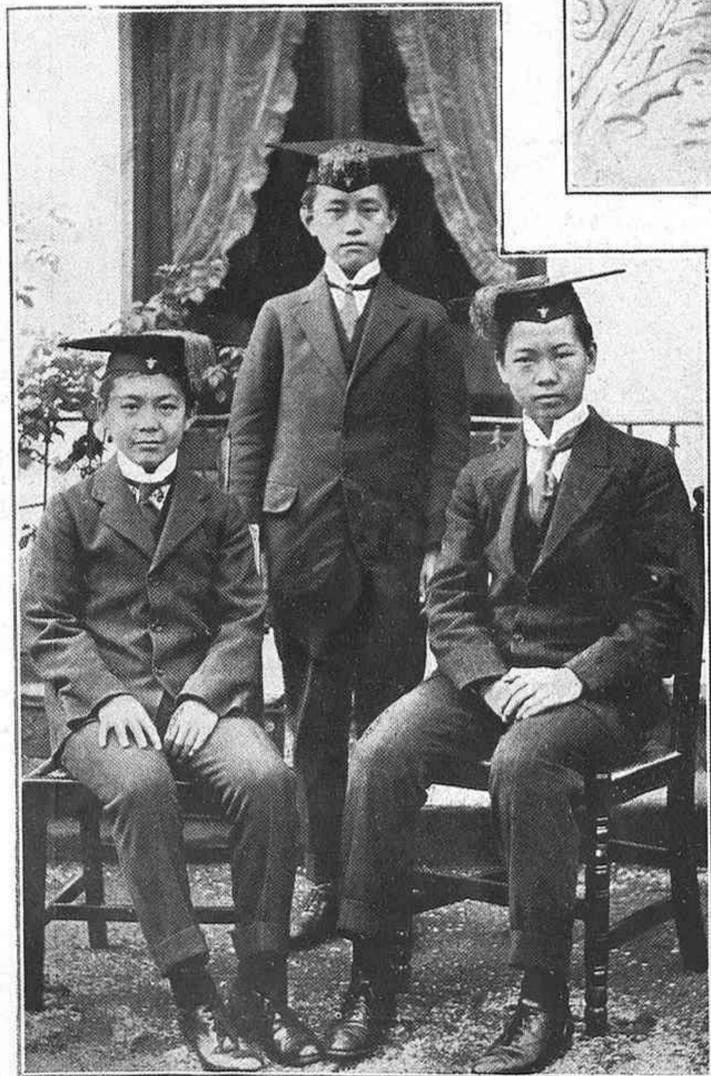
»Hago estas declaraciones en el interés del mantenimiento de la paz y de la amistad internacional.»

Terminada la lectura del mensaje, efectuóse la recepción del Cuerpo Diplomático. El decano de éste, que es el Sr. Pastor, ministro de España, felicitó al Presidente y le expresó su confianza de que, bajo su gobierno, las relaciones de China con los países extranjeros aumentarán en cordialidad y de que la observancia rigurosa de los tratados y convenios garantizará la paz de China y la estabilidad de la República, al mismo tiempo que asegurará el desarrollo de la riqueza del país, desarrollo al que las naciones extranjeras tienen interés en contribuir.

Yuan-Chi-Kai dirigióse luego a la puerta principal del palacio y desde allí presencié el desfile de 15.000 soldados, descendiendo luego por la escalinata en una silla de manos conducida por seis hombres.



El nuevo Presidente de la República china Yuan-Chi-Kai saliendo del palacio de la Ciudad prohibida después del acto de su proclamación, dibujo de Matania.



Los hijos del nuevo Presidente de la República china en el colegio de Oháltenham (Inglaterra). (De fotografía.)

A raíz de la ceremonia de la proclamación fué detenido y encerrado en la cárcel el jefe de la policía secreta Chen. Registrado su domicilio, se encontraron en él varias bombas de dinamita. Practicadas las pesquisas consiguientes, supose que a Chen lo compraron los rebeldes del Sur para que asesinase a Yuan-Chi-Kai, al posesionarse éste de la Presidencia de la República. Para llevar a cabo este plan, el mencionado jefe de policía pidió que se le colocase al servicio inmediato del Presidente y no habiendo sido atendida su petición, la reiteró tantas veces y con tanta insistencia, que llegó a infundir sospechas. Confirmadas éstas y demostrada luego su culpabilidad en un juicio sumarísimo, Chen fué ejecutado cuatro días después de haber sido preso. Según parece, se le encontraron varios documentos por los cuales se vino en conocimiento de que debía tirar varias bombas durante la ceremonia de la proclamación del Presidente de la República.

Hablando de la elección de Yuan-Chi-Kai, un notable escritor ha publicado en el importante diario pa-

risiense *Le Figaro*, un interesante artículo, del que traducimos los siguientes párrafos:

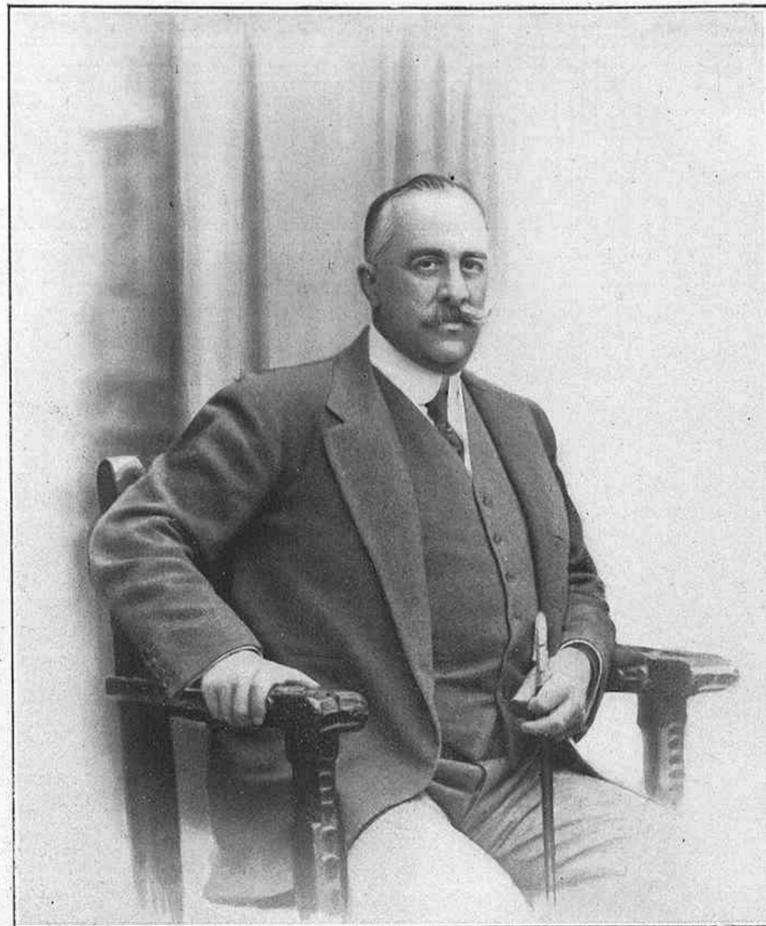
«Yuan-Chi-Kai ha trabajado mucho, durante diez meses, en favor propio, y no es dudoso que sus argumentos, que fueron de toda clase, han decidido al partido de los indecisos a juntarse, para elegirle, con el partido moderado, que ya contaba en la asamblea doscientos miembros perfectamente unidos.

»Pero esto no habría bastado, y los enemigos de Yuan-Chi-Kai han trabajado por él tanto como él mismo. Hoang-Sin, el único de sus competidores verdaderamente temible, porque encarnaba el Sur chino, su descontento y sus violentos apetitos, se dejó arrastrar en la revolución de Nankín, cuyo fracaso, sin embargo, no era dudoso, y de este modo se proclamó a sí mismo fautor de desórdenes y jefe de todos los revolucionarios y de todos los bandidos que pululan en el Sur chino, con espanto de los propios chinos; con lo cual apartó de su causa a todas las gentes pacíficas de China que desean vivir ganando un poco de dinero.

»La falta de Hoang-Shin, imprudente y precipitado, es tan patente, que hay derecho para preguntarse si ha sido impulsado a cometerla por políticos deseosos de perderle; y esta suposición, en China, es muy plausible. En el entretanto, Hoang-Shin paga cruelmente esta falta, pues el mismo día en que debiera haberse presentado en la Asamblea nacional y solicitar sus sufragios, hállase en el Japón fugitivo, desterrado, solo, en la miseria, en el desastre definitivo.»



Excmo. Sr. D. Rafael Andrade, nuevo gobernador civil de Barcelona



Excmo. Sr. D. Joaquín Sagnier, nuevo alcalde de Barcelona. (De fotografías.)

EXCMO. SR. D. MANUEL ANDRADE

El nuevo gobernador civil de Barcelona tiene dentro del partido conservador, en el que ha figurado desde que entró en la vida pública, una brillante historia política. Elegido diputado por primera vez en 1896, ha sido dos veces presidente de la comisión de Presupuestos; dos veces también ha sido subsecretario de Gobernación en los gobiernos que presidió el Sr. Villaverde, desarrollando en aquel ministerio energías extraordinarias.

Ha desempeñado, además, la subsecretaría de Hacienda y las direcciones generales de Obras Públicas, de Prisiones y de Registros, demostrando en todos estos altos cargos relevantes aptitudes y provechosas iniciativas.

Sus ocupaciones dentro de la política no le han impedido, sin embargo, dedicarse con verdadero entusiasmo al cultivo de la ciencia y de la literatura, y en estos conceptos goza de merecida fama en el Ateneo de Madrid, del que ha sido vicepresidente y en cuya tribuna ha discutido asuntos de gran interés con sin igual competencia.

Interrogado, a raíz de su nombramiento, por el corresponsal que en la corte tiene un importante diario barcelonés, manifestó que admiraba a los catalanes por su amor al estudio y al trabajo y que venía a Barcelona dispuesto a ejercer la más alta y honrada tolerancia; que debía verse en él a un espíritu abierto a todas las modernidades siempre y cuando sean éstas morales y dignas de la labor conservadora; y que, aunque el cargo con que había sido honrado le parecía superior a sus fuerzas, confiaba en que su voluntad y su actividad política harían que entre él y los barceloneses se establecieran las relaciones más cordiales.

EXCMO. SR. D. JOAQUÍN SAGNIER

Don Joaquín Sagnier nació en Barcelona en 1864 y apenas terminada brillantemente la carrera de abogado, entró en el cuerpo jurídico militar, en el que actualmente tiene el grado de auditor de brigada. Por sus servicios le fué concedida la gran cruz de Isabel la Católica.

Ha pertenecido siempre al partido conservador, primero bajo la jefatura de don Francisco Silvela y luego, al retirarse éste de la política, bajo la de D. Antonio Maura. Desde 1903 ostenta en las Cortes la representación del distrito de Arenys de Mar, sin más interrupción que

el período de la Solidaridad Catalana. Hombre de positivo talento, de vasta ilustración y de gran rectitud, cualidades que avaloran una caballerosidad perfecta y un gran don de gentes, su entrada en la alcaldía de Barcelona será seguramente beneficiosa en alto grado para nuestra ciudad, a la que el Sr. Sagnier profesa cariño sin tasa.

Siéntese el nuevo alcalde animado de los mejores propósitos y tiene voluntad y dotes de inteligencia y de carácter suficientes para llevarlos a la práctica,

La proyectada Exposición de Industrias Eléctricas, que tanto puede beneficiar a Barcelona, y la terminación de la obra magna de la reforma, son dos problemas a los cuales piensa consagrar especialmente su atención y su actividad el Sr. Sagnier, sin descuidar, antes bien atendiendo a ellos con especial solicitud, aquellos otros de carácter puramente administrativo y las demás mejoras urbanas cuya solución y realización son de vital importancia para nuestra capital.

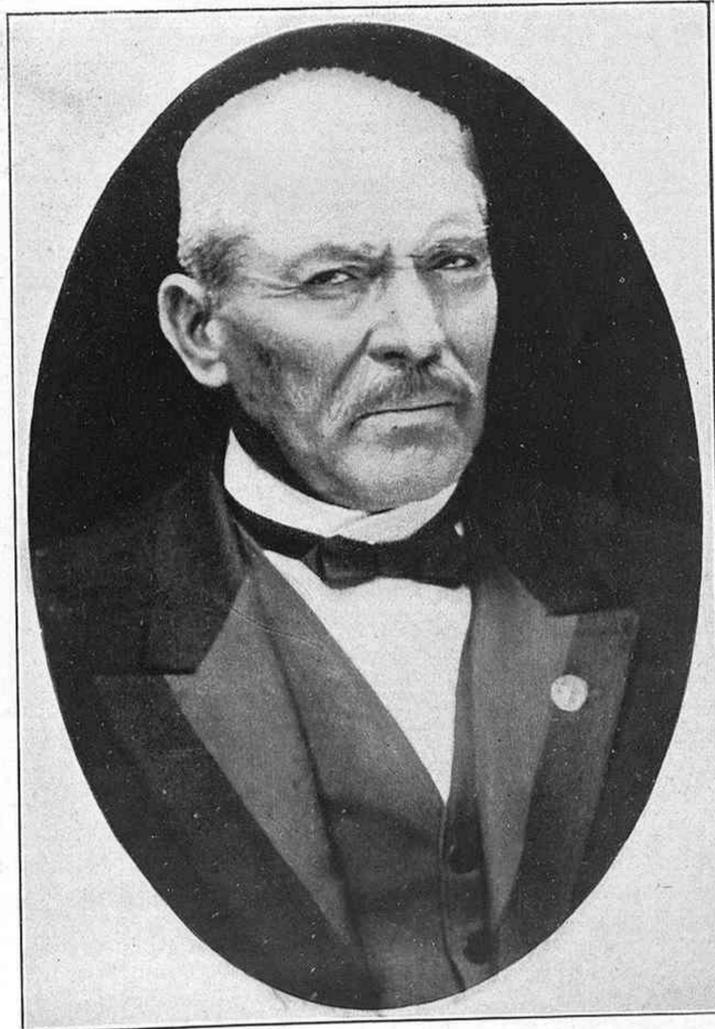
EL GENERAL HUERTA

Nuestro querido colaborador Sr. Beltrán y Rózpide, en su última *Revista Hispano-americana*, expuso con su reconocida competencia la situación en que se halla la República de México, víctima desde hace tiempo de contiendas intestinas y de fratricidas luchas.

Con posterioridad a los sucesos que en dicha revista se describían, el general Huerta disolvió la Cámara de Diputados, encarcelando a ciento diez de éstos, a pretexto de que negaban al gobierno los medios financieros para cumplir las graves obligaciones que sobre el país pesan así en el interior como en el exterior, y convocó elecciones para el 26 de octubre, el mismo día en que debía efectuarse la elección de presidente y vicepresidente de la República.

Esta elección presidencial se realizó en la fecha fijada, pero no se sabe aún si sus resultados podrán considerarse como definitivos. Antes de ella, el general Huerta declaró que en caso de ser él el elegido renunciaría el cargo; pero a juzgar por lo que dice la prensa mexicana afecta al gobierno, el presidente interino debe haber mudado de opinión, puesto que aquélla afirma que el general Huerta ha reunido en torno suyo a todas las personas respetables del país, que le han consagrado como el único presidente de la República mexicana.

En el entretanto, la insurrección continúa y los Estados Unidos parecen cada vez más dispuestos a una intervención. Dícese que el gobierno norteamericano ha enviado al general Huerta un ultimátum exigiéndole la dimisión sin pérdida de momento y que el presidente mexicano se halla resuelto a no ceder a tal imposición. Y se añade que los Estados Unidos se proponen no sólo permitir que se introduzcan en México armas y provisiones para los constitucionales, es decir

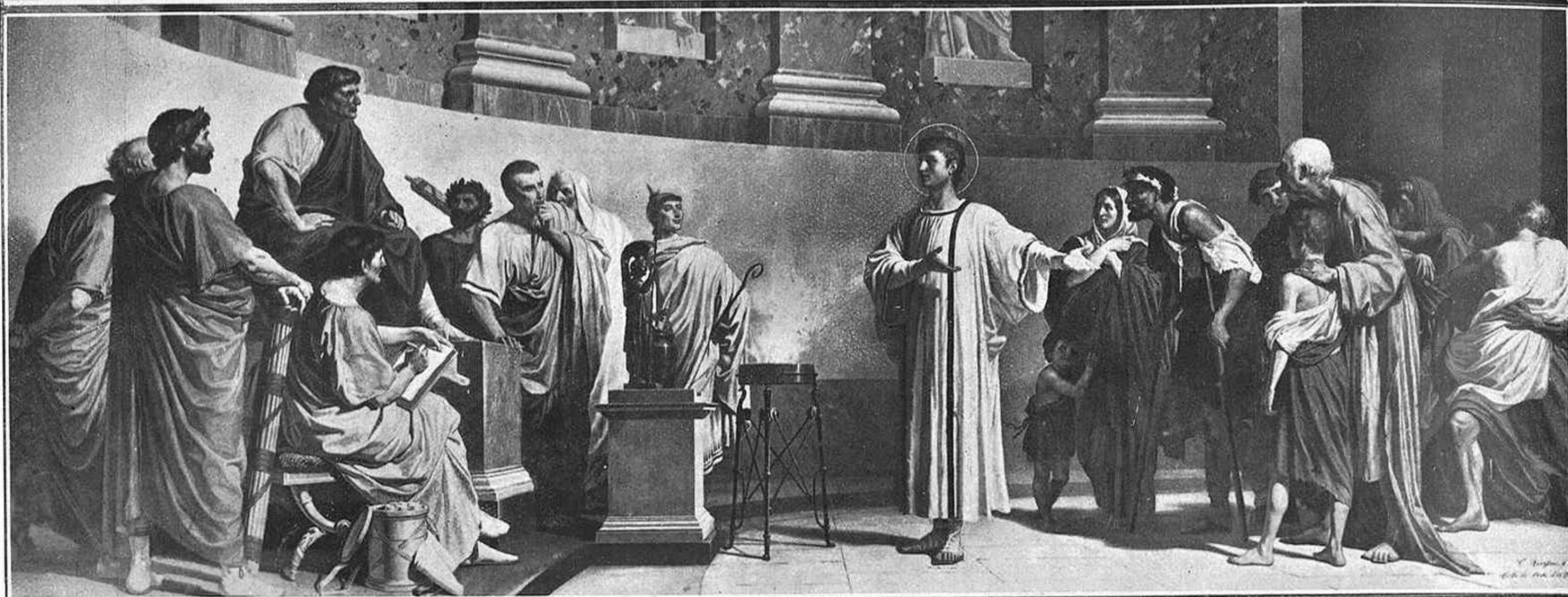


El general Huerta, Presidente interino de la República de México (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

si, como es de esperar, encuentra en el Ayuntamiento elementos que le ayuden en la alta y honrada tarea que con el mayor entusiasmo se propone realizar.

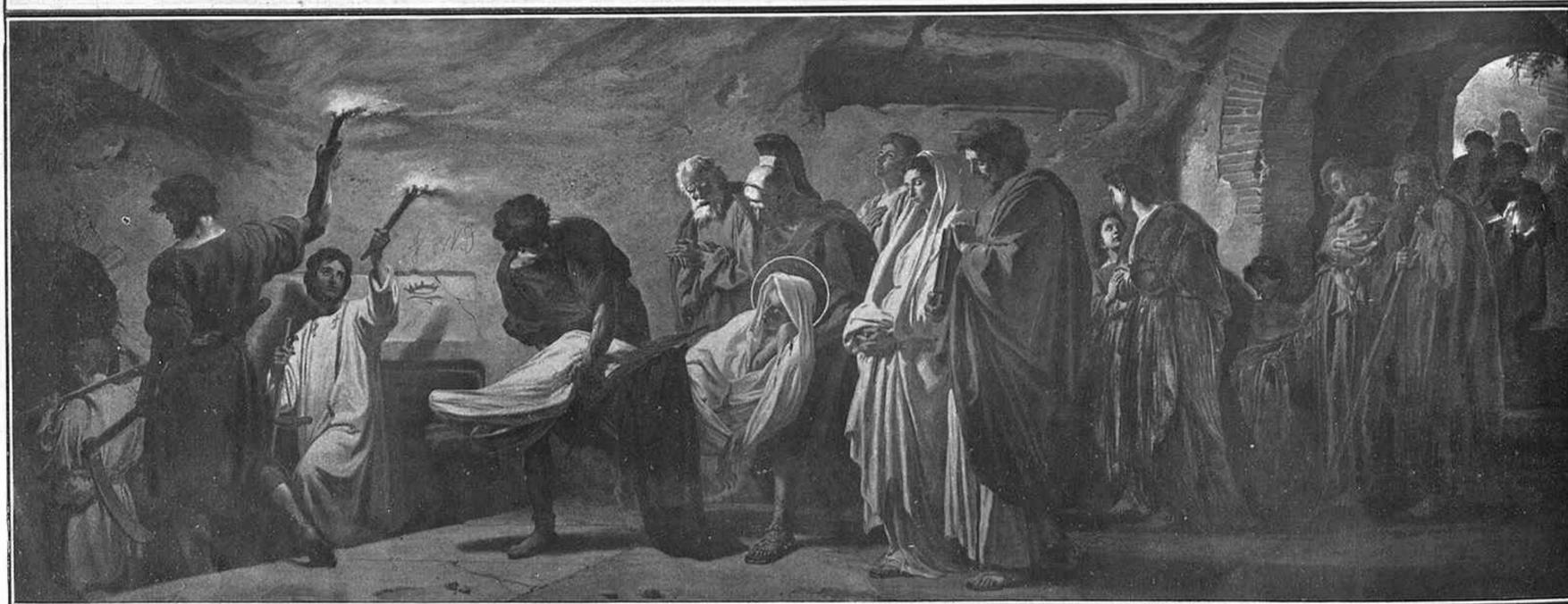
para los insurrectos, sino también establecer un bloqueo en todo el litoral americano para impedir que el general Huerta reciba armas y otros efectos.

## ROMA.—GALERÍA DE ARTE MODERNO



San Lorenzo presentando al emperador Valeriano los tesoros de la Iglesia, cuadro de César Francassini

Durante la terrible persecución decretada por Valeriano, San Lorenzo fué conducido ante este emperador, quien, después de interrogarle sobre sus creencias, preguntóle dónde tenía los tesoros que se le habían confiado y le concedió un día de plazo para presentarlos. Lorenzo convocó a todos los pobres que pudo juntar y al frente de aquella andrajosa muchedumbre compareció ante Valeriano y le dijo que, obedeciendo sus órdenes, le presentaba las principales riquezas de los cristianos y a los verdaderos depositarios de los tesoros de la Iglesia.



Entierro de San Lorenzo en una gruta del campo Verano, cuadro de Francisco Grassi

Lorenzo fué sometido a los más horribles tormentos: cárcel, diversos azotes con escorpiones, varas y cordeles emplomados, planchas de hierro hechas ascuas, y por último fué asado vivo en unas parrillas, en donde consumó el martirio con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heroica constancia, que muchos de los circunstantes, entre ellos personas de distinción, se convirtieron a la fe. Hipólito y el presbítero Justino cogieron secretamente su cuerpo y lo enterraron en una gruta del campo Verano, camino de Tívoli.

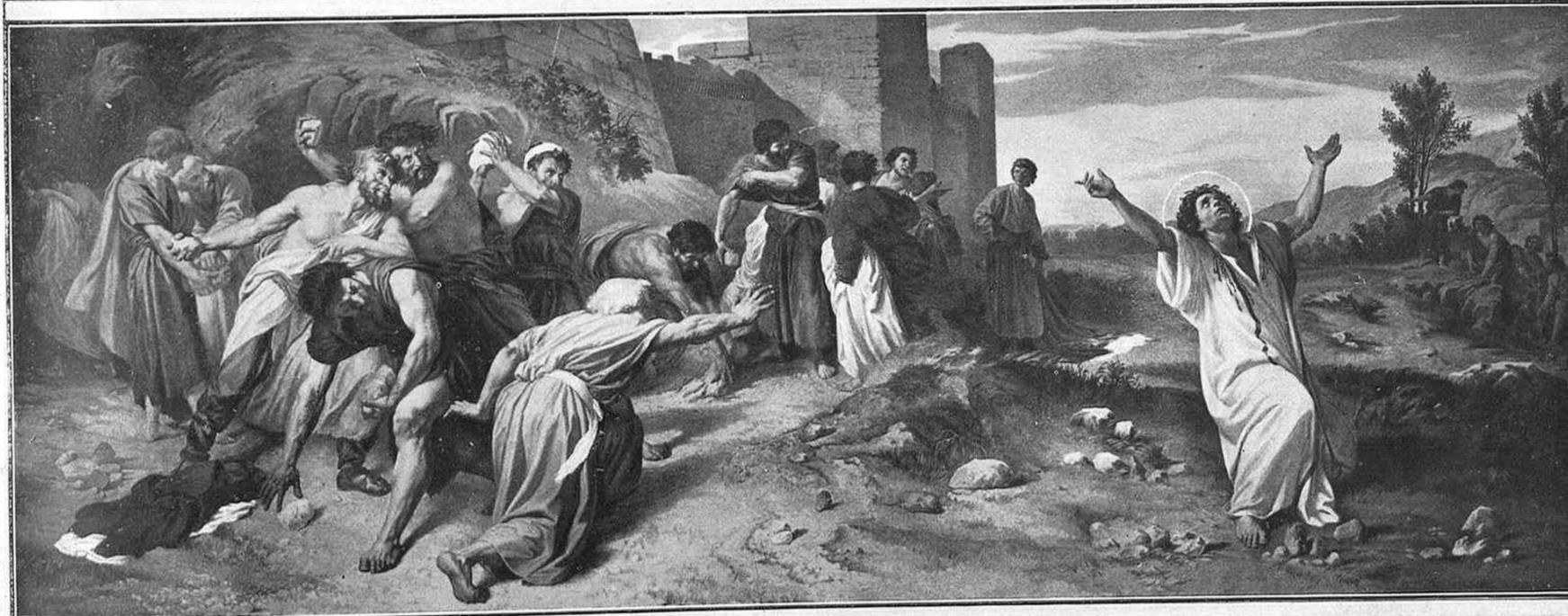
(De fotografías de Vassari, remitidas por Carlos Abeniacar.)

## ROMA.—GALERÍA DE ARTE MODERNO



San Esteban condenado a la lapidación por los judíos de la Sinagoga, cuadro de Pablo Mei

Entre los siete diáconos elegidos por los Apóstoles distinguióse especialmente Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, que obró grandes prodigios y milagros. Los de la Sinagoga, no pudiendo contrarrestar su sabiduría, sobornaron contra él testigos falsos y lo llevaron al concilio; y cuando Esteban, después de razonar ante el príncipe de los sacerdotes, dijo que estaba viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios, los del concilio, armando gran gritería, se taparon los oídos y arremetieron contra él.



El martirio de San Esteban, cuadro de César Fracassini

«Y arrojándole fuera de la ciudad, dice el sagrado libro de los *Hechos de los Apóstoles*, le apedrearon; y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un mancebo llamado Saulo. Y apedreaban a Esteban, el cual estaba orando y diciendo: Señor, Jesús, recibe mi espíritu. Y poniéndose de rodillas, clamó en alta voz: Señor, no les hagas cargo de este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.»  
Su cuerpo fué dejado un día y una noche en el campo para que lo comiesen las fieras y ninguna lo tocó.

(De fotografías de Vassari, remitidas por Carlos Abeniocar.)

MADRID.-EL NUEVO EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS

El día último del próximo pasado octubre celebró solemnemente en Palacio el acto de presentar sus credenciales a S. M. el embajador de los Estados Unidos Mr. José E. Willard, primer diplomático norteamericano que ostenta en nuestra nación aquella categoría, por haber sido elevada ahora a embajada la representación oficial de aquel país en el nuestro.

La comitiva salió del Hotel Ritz, en donde se hospeda Mr. Willard, precedida de un coche de los llamados de París, de media gala, que correspondía al introductor de embajadores. Seguían la carroza de respeto de «Tableteros de cifras» tirada por seis caballos, la carroza de «Amaranto» conduciendo a los dos secretarios de la embajada y, por último, precedida de cuatro batidores y un correo de gabinete, la carroza de «Tableteros de concha» ocupada por Mr. Willard y el segundo introductor de embajadores D. Emilio de Heredia, cabalgando a los estribos el coronel de la escolta real vizconde de Uzqueta y el caballero señor Pineda.

Al entrar la comitiva en la Plaza de Armas las fuerzas de la guardia exterior tributaron al embajador los honores correspondientes.

Las fuerzas de alabarderos, de gala, cubrían la escalera hasta el salón de Columnas.

En la primera meseta recibieron al Sr. Willard cuatro mayordomos y cuatro gentileshombres quienes acompañaron al embajador y a su séquito hasta la antecámara del Salón del Trono. El introductor de embajadores pasó a las habitaciones del Rey, en donde éste aguardaba con su séquito y le dió

con su comitiva al Salón del Trono, colocándose, una vez allí, detrás de él el jefe superior de Palacio, el de la Casa Militar, el grande de España de guardia y otros altos funcionarios pa-



Mr. José E. Willard, embajador de los Estados Unidos en España que recientemente presentó sus credenciales a S. M. el Rey D. Alfonso XIII

latinos, y a los lados el Gobierno en pleno, varios grandes de España, mayordomos, gentileshombres, la Casa Militar del Rey y la oficialidad de la escolta real y de alabarderos.

Pedida la venia del monarca, entró en el salón Mr. Willard quien, después de los saludos y formalidades de rúbrica leyó un discurso en inglés, en el cual después de presentar la carta que le acredita en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario, expresó los sentimientos de cordial y afectuosa amistad y los votos del Presidente de su país por la salud y la prosperidad de la familia real, del Gobierno y del pueblo español; dijo que estimaba como un grande honor haber sido nombrado como primer embajador en un país en cuya historia se registran hechos tan gloriosos como el descubrimiento del Nuevo Continente y manifestó que consagraría todos sus esfuerzos a mantener y estrechar las cordiales relaciones entre el Gobierno de S. M. y los Estados Unidos.

El Rey contestó, en castellano, agradeciendo los sentimientos expresados por el embajador y la decisión del Gobierno norteamericano de elevar a embajada su representación diplomática en España, decisión a la que se proponía corresponder invistiendo también del carácter de embajador al ministro plenipotenciario en Washington. Terminó S. M. su discurso expresando sus sentimientos de sincera amistad y haciendo votos por la prosperidad de los Estados Unidos.

Concluida la recepción Mr. Willard pasó a saludar a las reinas Doña Victoria y Doña María Cristina.

#### MONUMENTO A VICTOR HUGO

Después del golpe de Estado de diciembre de 1851 Víctor Hugo hubo de huir de Francia, refugiándose primero en Bélgica y luego en Jersey de donde fué expulsado por el Gobierno inglés en 1855. Establecióse entonces en Guernesey, permaneciendo allí hasta que la revolución de septiembre de 1870 le abrió de nuevo las puertas de su patria y escribiendo, durante aquella época de su destierro, entre otras obras, *Los Miserables*, *Los trabajadores del mar* y *El hombre que ríe*.

Como recuerdo de su estancia en Guernesey, se erigirá muy pronto en aquella isla la estatua que adjunta reproducimos, obra del célebre escultor francés Juan Boucher, autor de la hermosa estatua de Renán levantada en Triguier y del magnífico grupo que adorna el nicho central del Municipio de Rennes.

La estatua está vigorosamente modelada y reproduce de un modo magistral los rasgos característicos, no sólo físicos sino también morales, del gran poeta.

#### EL VEHÍCULO MÁS ANTIGUO DE AMÉRICA

Es realmente un ejemplar notable e interesante el carro que reproducimos adjunto y que, construido por indios mexicanos, data de los primeros tiempos de la colonización de California. Todo él es de madera y la forma rudimentaria de su conjunto y la de las distintas piezas que lo componen, son el mejor testimonio de su antigüedad y le prestan verdadero interés histórico y etnográfico. Desde este punto de vista podrá figurar dignamente en la Exposición universal que, con motivo de la inauguración del Canal de Panamá, se celebrará en San Francisco, en el 1915, y su contemplación permitirá entonces una vez más un himno a los progresos de la civilización que han llegado a hacer de aquel carro primitivo los veloces y cómodos automóviles modernos.

#### BARCELONA. — HOMENAJE A LA MEMORIA DE MALATS.

El día 1.º de este mes efectuóse con gran solemnidad el acto de colocar una lápida conmemorativa en la casa de la calle de las Cortes en donde hace poco más de un año falleció el eminente pianista

Joaquín Malats, que tan grande y merecida celebridad alcanzó en los más importantes centros musicales de Europa.

En la plaza de Tetuán reunióse la comitiva, que era numerosísima y en la que figuraban representaciones del Ayuntamiento, del gobernador civil, de las principales entidades musicales y de otras corporaciones, todos los profesores de la Escuela Municipal de Música, gran número de compositores



La carroza que conduce al embajador a la salida del palacio real después de presentar aquél sus credenciales. (De fotografías de Vidal.)

y músicos y multitud de amigos y admiradores del ilustre cuanto llorado artista. Precedida por la banda municipal, dirigióse la comitiva a la citada casa y una vez allí pronunciaron sentidos discursos D. Gaspar Brunet, presidente de la Comisión ejecutiva del homenaje, explicando la significación de éste y ensalzando la memoria del homenajeado; y el aplaudido dramaturgo D. Ignacio Iglesias, también de la Comisión y además compañero de infancia de Malats, saludando, en nombre de Cataluña, la memoria del artista malogrado y pidiendo al Ayuntamiento que le erija un monumento en la Escuela Municipal de Música.



Lápida dedicada a la memoria del eminente pianista Joaquín Malats, obra de los hermanos Oslé y que ha sido colocada en la casa en donde murió el malogrado artista. (De fotografía.)

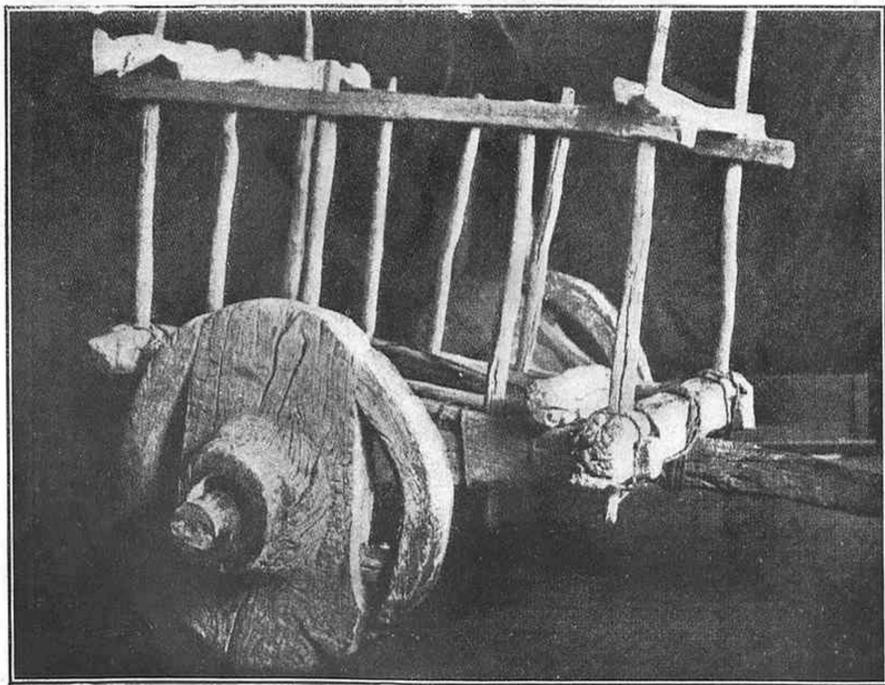
Descubrióse luego la lápida y el teniente de alcalde señor Serrallera asocióse en términos elocuentes al homenaje en representación de la ciudad y prometió defender en el consistorio la proposición del Sr. Iglesias.

Todos los discursos fueron entusiastamente aplaudidos.



Monumento a Víctor Hugo, obra del escultor francés Juan Boucher que se erigirá en la isla de Guernesey (Inglaterra). (De fotografía de Archives du Miroir.)

cuenta de la llegada del diplomático americano. S. M., que vestía uniforme de caballería con el Toisón de Oro, dirigióse



El vehículo más antiguo de América, construido por indios mexicanos cuando California empezaba a colonizarse. Se conserva en la Cámara de Comercio de los Angeles (California) y se exhibirá en la Exposición de San Francisco, de 1915. (De fotografía.)

# GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

- ¡Gran diablo! ¡Siempre has de salirte con la tuya! Mientras esta reconciliación tenía efecto, el ensayo general había terminado en el Gymnase.

Gilberta, arimada al mamparo del palco, no se inclinaba ya hacia delante para dejar apreciar sus líneas suaves en un traje blanco y la originalidad de su cara entre las grandes cocas de trenzas negras. Pestañeaba para retener dos lágrimas. El temor de que se le pudiese encarnada la nariz le impedía verter otras.

Su madrina, indiferente ahora al espectáculo, de vez en cuando echaba una mirada furtiva hacia el ángulo obscuro en que se hallaba la muchacha.

- A ver, chiquilla... No han rehusado, te lo aseguro. Prefieren un cuento para empezar, una cosita de imaginación...

Hablaba muy bajo. Y también en voz muy baja - ¡pero en un tono en que vibraba toda la apasionada amargura de la orgullosa joven! - Gilberta replicó:

- ¡Imaginación!.. ¡Justamente! No les daré eso. ¡Es artículo para porteras! Todos nosotros, la nueva escuela... los de mañana... repudiamos la imaginación.

La autora de *Las desdichas de una modistilla* y del *Secreto del gillotinado* suspiró. Cómo atreverse a decir a su ahijada que el *Gulliver* aceptaría, en pequeña dosis, el género de Gil de Claircoeur, hasta bajo un nombre desconocido - porque, después de todo, eso divertiría al menos a ciertos lectores - mientras que respecto al género de Gilberta Andraux, ni siquiera tenía la curiosidad de saber qué podía ser ello? Por lo demás, la folletinista no se sintió mortificada. En presencia de aquella juvenil seguridad, ella, que nunca se había hecho ilusiones, dudaba más de sí y sentía la necesidad de excusarse. ¿No había tenido necesidad de ganar su pan y el de algún otro? Pero sabía muy bien que su trabajo no era más que trabajo de oficio. Nunca había pretendido conquistar, con sus narraciones lisas y llanas un puesto en el reino de las letras.

Cuando cayó el telón, los tres espectadores del palco de platea no unieron sus aplausos a los del público. Ni Gilberta ni su madrina sabían siquiera cómo había terminado la obra. Ambas pertenecían a su decepción. En cuanto a Teófilo, preocupado por salir prontamente para encontrar un *fiacre*, se apresuró a dar los abrigos a las señoras, presentándolos al revés, porque le parecían más hermosos por el forro, y no llegaba a encontrar las mangas.

Fué una retirada aburrida.

Pero a la mitad del pasillo se produjo un cambio. El director del *Gulliver*, afable, sombrero en mano, su imberbe y frío rostro casi animado por una sonrisa - una sonrisa empero sin alegría, como toda aquella fisonomía irremediamente taciturna - se precipitó. Él, cuyos gestos parecían perezosos, empujó a la gente para no perder el encuentro.

- Señora de Claircoeur... He querido verla, para cerciorarme de que el Sr. Thanor se ha entendido perfectamente con usted.

- Entonces, sonrió Monbardón, tenga usted un poco de paciencia. Dentro de veinte años, se encontrará todavía muy joven. Y lo será, estoy seguro de ello, añadió galantemente.

Ella se puso colorada, bajo la mirada insistente y fría del director del *Gulliver*.

Este prosiguió:

- ¿Quiere usted, pues, dedicarse a la literatura, señorita?..

La fisonomía animada de la joven contestaba jovialmente, cuando el director terminó su frase:

- ... ¿como su tía? Tiene usted, pues, a quien emular.

No tuvo tiempo de ver la ligera contracción de las facciones de la señorita Andraux.

Alguien se interpuso:

- Sí, es un don de familia. Tenemos la locura de escribir aunque no publiquemos. El padre, señor director... Soy el padre de esta joven... Teófilo Andraux. Me da usted un motivo más de estar orgulloso de ella.

Monbardón volvió hacia el subjefe una cara cuya indiferencia desdeñosa, ironía velada y triste hastío, formaban la más habitual expresión.

No contestó nada, y volvió a Gilberta - pero brevemente:

- Entonces, señorita, tendré el honor de hablar con usted. En el *Gulliver* ¿verdad?, un día de éstos, de seis a siete. Arreglaremos un pequeño proyecto de colaboración.

- ¡Madrina, madrina!, decía, en el *fiacre* que los conducía al bulevar Raspail. ¿Ves?, no me equivocaba... Siento que hay en mí algo mejor que la estofa de una empleada de administración. Mi carrera se decide... Voy a colaborar en el *Gulliver*... ¡Uno de los primeros periódicos de París... ¡Ah!, ¡madrina, qué contentísima estoy!.. ¡qué felicidad es la mía!..

## IV

- ¿La señora está en casa?

La camarera de Claircoeur, persona poco experta, nunca había podido comprender que a semejante pregunta un «no» decisivo jamás constituye una ofensa para el visitante. Hasta si este visitante astuto le tiende el lazo clásico: «La portera me lo ha dicho.» Tropieza con una consigna general, y nada más. Mientras que si la camarera vacila, y acaba por «ir a ver», el importuno ya no duda: se le cierra la puerta personalmente.

A pesar de las consignas, escuchadas con un oído voluntariamente sordo o rebelde, Celina se encontró incapaz de mentir bastante deprisa a un joven de tan arrogante aspecto. Una cabeza como no se ven sino en las vitrinas de las fotografías - cabellos ahuecados bajo el sombrero de copa de ocho reflejos, cara regular, lisa, retocada, depilada, sin una sola de esas ligeras desgracias de epidermis contra las cuales se movilizan tantas pastas y anti-bolbos. Una



- Señora, libremos la batalla juntos

Monbardón no miraba a Gilberta; casi parecía no verla.

- Pero... dijo la novelista, sorprendida, ¿entendido?... sí, por lo que toca a un cuento.

- Un cuento, bien. Pero, desde luego, vamos a publicar las crónicas. Ha debido decírselo a usted. Están muy bien esas crónicas de su parienta... ¿su hermana?..

- Mi sobrina, Sr. Monbardón, mi sobrina. Justamente aquí la tiene usted. ¿Oyes, Gilberta?, el señor Monbardón toma tus crónicas.

¡Que si oía!.. Sus ojos se iluminaron como dos estrellas, en la cara súbitamente sonrosada, bajo la nube de muselina de seda que le envolvía la cabeza cayendo en graciosa capucha. ¡Qué bonita estaba en aquel momento, en la efervescencia brusca de su felicidad, con aquel envoltorio claro sobre sus lustrosos cabellos castaños!

- ¡Ah! ¿es la señorita?... preguntó el director del *Gulliver*, cuya cara triste quiso expresar la sorpresa. ¿Es muy joven, su sobrina, señora de Claircoeur?

- No, soy vieja, tengo ya veinte años, suspiró la joven, con la buena fe de su edad, que considera como un declive la tercera decena de años de la vida.

¡madrina, qué contentísima estoy!.. ¡qué felicidad es la mía!..

alta corbata de raso negro, cuyo lazo debía ser todo un problema, admitiendo que fuese posible volverlo a hacer. Un abrigo con esclavina, como no lo llevaban, en concepto de la camarera, más que los príncipes en el destierro. Entre las solapas, un chaleco tan suavemente aterciopelado que ella hubiera querido pasar por él la punta de los dedos. Unos ojos que le vertían en la medula de los huesos algo que en vano trató ella de definir después a la cocinera. Y botas de charol, a la vez tan relucientes y tan largas, que se temía ceder a su fascinación y pisarlas.

— ¿Sí?, ¿verdad?, la señora está en casa. Entonces ¿quiere usted anunciarme?

Autoritario, pasó adelante en la galería, entre los muebles *ripolinados* de blanco. Con su bastón — un bastón extraordinario, junco enorme que tenía por puño un mascarón trágico debajo del cual se entreveía una calavera (viejo marfil japonés) — designó, con una intuición que dejó estupefacta a Celina, la cortina terriblemente amarilla y roja — eterno remordimiento del saqueo de Pekín, aunque fabricada en Clichy — que cubría la puerta del salón.

Incapaz de resistencia, y hasta de presencia de espíritu, Celina levantó aquella cortina, introdujo al maravilloso desconocido, cogió su tarjeta, y, sin colarla sobre la bandeja de metal plateado — ¡una ocasión!.. ¡se encuentran tantas cosas elegantes casi por nada en los catálogos de artículos para regalos! — se precipitó hacia el gabinete de trabajo.

La novelista escribía un final de capítulo. Con los pies sobre un braserillo, su gran cuerpo friolento envuelto en una bata de lanilla anaranjada con adornos de imitación de blonda, el rostro jaspeado de rojo por el lado del fuego de gas que suplía la insuficiencia de la calefacción central, los dedos copiosamente manchados de tinta, Claircoeur echaba sobre el papel una frase cuya emoción le bañaba los ojos de lágrimas:

*Le perdono a usted, Godofredo. Esto le importa poco ahora. Pero, en la hora de la muerte, juntará las manos y murmurará:*

*— Ella me perdonó. El infierno y sus tormentos me parecerán soportables.*

Al golpe dado en la puerta, la novelista gritó maquinalmente:

— ¡Adelante!

Y volvió hacia Celina su bondadosa cara, encendida en el lado derecho, pálida de esfuerzo y de fatiga en el lado izquierdo, y con un ojo que parecía pintado, porque al secarlo precipitadamente con un dedo poco limpio, acababa de rodearlo de una ojera negruzca.

— ¿Un caballero?.. Pero, muchacha, ¡si no recibo a nadie!

— Señora... ha sido la portera. Ha jurado que la señora estaba en casa.

— ¡Pero, usted, Celina!

— Señora, ese caballero de rondón. Espera en el salón.

— ¡Nada menos!.. Entonces, no hay más que despedirlo...

Echó una ojeada hacia el espejo, y observó el derumbamiento de su pesada cabellera, y su cara de trabajadora cansada.

— No puedo recibirlo así.

Sólo entonces se le ocurrió mirar la tarjeta:

MARCELINO FAGUEYRAT

ARTISTA DRAMÁTICO

Fué un deslumbramiento. Una visión palpó. El teatro... Su drama representado... El ensueño... ¿No hay, en toda existencia, un ensueño que hace que la realidad sea una espera? El fin no es nunca el punto en que se está ni la hora en que se vive. Cualquiera que sea la satisfacción que el día nos trae, la comparemos con esa continuación más deseable que ha de surgir mañana. Ninguna felicidad es grande más que por la cantidad de esperanza que encierra. Los éxitos de Claircoeur, frutos sabrosos, contenían este hueso, en que se rompía los dientes:

«¡Arreglar esto para el teatro!»

Sonrió a la tarjeta del actor y dijo:

— Celina, diga a ese caballero que tenga la bondad de esperar cinco minutos. En seguida voy.

En su tocador, donde se precipitó, la novelista se arregló el moño, y atrajo sobre su frente, surcada por una serie de pequeñas arrugas, algunos cortos mechones de pelo ondulado. Cubrió con polvos de arroz la mejilla ardiente y se frotó vigorosamente la mejilla pálida. Por último se limpió con la piedra pómez los dedos manchados de tinta.

Le pareció que su bata de lanilla era algo cursi,

pero no tenía tiempo de vestirse, y para atenuar el pobre efecto de aquella prenda casera, se puso al cuello un lazo de tul.

Y se dirigió hacia el salón.

No tenía la intención de parecer joven y bonita a los ojos de un hombre de quien se contaban increíbles conquistas amorosas. Pero obedeció al instinto de su sexo. De todo ser de quien depende más o menos su destino, una mujer se dice ante todo:

«¿Qué tal me va a encontrar?»

Una secreta conciencia, que ha adquirido la fuerza de todos los siglos atravesados por la raza, la hace pensar desde luego en el efecto de su apariencia. Corre a su espejo, tan pronto como la sorprende un imprevisto — como un soldado se precipita sobre sus armas a la menor alarma. La edad no influye. Y ni el mismo amor le inspira esa salvaje defensiva. Porque puede tener en un amor profundo la confianza que no tiene en la implacable severidad de la vida y de los hombres.

En el salón, Fagueyrat, de buen humor, inspeccionaba la decoración. Había allí muebles nuevos, de un dorado feroz. Y viejos inválidos, de forma extraña, esos monumentos de familia que uno ha visto en buen sitio y rodeados de cuidados, cuando era niño, y que, más tarde, sigue mirando con los ojos admirativos de la infancia. Creería ser sacrilego si los vendiese al baratillero. Así es que figuraban en casa de Claircoeur una estantería de columnas salomónicas sostenidas por grifos, imitación de ébano; un sillón voltaire cuyo terciopelo gastado alternaba con franjas de tapicería con emblemas; una panoplia con un kepis; una cartuchera y un sable de guardia nacional, con un pedazo de pan del sitio de París debajo de un lente de cristal de aumento. En las paredes, entre cromos con vistosos marcos, había retratos fotográficos de tamaño natural, en cuadros de palisandro con filletes de maderá rosada.

Cuando la novelista entró su visitante contemplaba, a través del lente, la pequeña masa de barro atravesado por púas, pajuellas, residuos sin nombre, aumentados por el cristal, muestra del alimento esencial que, en enero de 1871, los parisienses digerían sin apendicitis.

— Mi madre había guardado esto. Y, encima, hay el kepis con que mi padre hacía guardia en las murallas, de noche, bajo una temperatura de quince a veinte grados de frío.

Fagueyrat no sonrió, ni tuvo ganas de sonreírse, pues, a pesar de su aspecto dominante, era una excelente persona, fácil de emocionar. La imagen de su madre, costurera en Moissac, y de su padre, empleado en la funeraria de la misma población, se le apareció, enterneciéndole.

— Señora, dijo, es de buen augurio el que me haya detenido instintivamente delante de los recuerdos de sus padres. Yo pienso en los míos, en su antigua casa señorial de Gascuña. Me los represento sentados delante de la monumental chimenea en que se halla esculpido el escudo de armas de nuestros antepasados...

(Su voz tuvo un sonido tremulante muy sincero. El hombre los veía, y el trémolo de las palabras, «nuestros antepasados», suavizó su entonación, naturalmente sombría y enérgica.)

Claircoeur le tendió la mano. Sus dedos se estrecharon con una viva cordialidad, con una inteligencia espontánea, como si el noble Fagueyrat padre, abandonando las pompas fúnebres y el valiente Claireux, se hubiesen salvado mutuamente la vida en los campos de matanza, mientras sus esposas hacían hilas juntas, delante de la chimenea secular.

— Tome usted asiento, propuso la señora de la casa.

Fagueyrat tomó el asiento designado, sin notar que se le hacían los honores de voltaire con franjas de tapicería. Así es que experimentó la sensación de pasar por escotillón, cuando cedieron los muelles extenuados. Volvió al nivel del mundo de los vivos hincando los codos sobre los dos brazos del mueble. Pero sintió pronto la fatiga ocasionada por aquel ejercicio gimnástico. Preocupado con procurarse de vez en cuando algún reposo, dejándose caer en las volterianas profundidades, hacía coincidir este decaimiento con finales de frases o con las interrupciones de la conversación, a fin de no cortar sus efectos. Ello fué sumamente difícil.

— Señora, empezó muy animado (era al principio y se cernía en el espacio), he leído sus *Desdichas de una modistilla*... Tenía usted razón. Es un efecto escénico seguro. El drama está hecho en la novela. ¡Qué digo!.. ¡Hay diez dramas! ¡Es inaudito cómo la invención y el interés se sostienen tan admirablemente!

— ¿El papel de Adhemar?.., balbuceó Claircoeur, que contenía la explosión de su alegría.

— ¿El papel de Adhemar? Será el más hermoso que haya encontrado en mi carrera.

— ¿Entonces va usted a representarlo?.. ¿Va usted a representarlo, Sr. Fagueyrat?..

— Lo representaré. Pero, si usted no tiene inconveniente, cambiaremos el nombre de Adhemar.

Claircoeur le vió hundirse, como bajo un agobio. Los muelles gimieron, y apoderóse de ella una vaga ansiedad.

— ¡Oh!, todo lo que usted quiera, mi querido señor Fagueyrat... ¿pero no le parece que cambiar de nombre?.. (Él se incorporó, con la cara otra vez serena.) ¿No le parece que es una lástima?.. Adhemar suena muy bien..., tiene algo de caballero. Adhemar... ¡Le sentaría a usted tan bien!..

— Es anticuado. Ahora los hombres se llaman Pedro o Pablo. El héroe de Fachoda fué bautizado Juan Bautista, y el general Boulanger se llamaba Ernesto. Piense que los soberanos se llaman Nicolás, Alfonso, Gustavo, Jorge, Guillermo... Debemos ser modernos, señora. Adhemar no es moderno. Y ha de chocar al público, sin que baste a evitar esa mala impresión la autoridad de una eminencia literaria como usted.

Cuando él pronunció «eminencia literaria», su interlocutora tuvo un estremecimiento. Pero se repuso en seguida, por no parecer asombrada de que le diesen semejante título. Experimentó una súbita gratitud por el actor, y dirigió suavemente hacia él sus rasgados ojos, de iris azules, que toda clase de sentimientos joviales, entusiastas y delicados, llenaban de una dulzura imprevista.

Él pensó que aquella Gil de Claircoeur era una excelente criatura, que se entendería con ella mejor que con esa caterva de autorcillos que se creen iguales a Shakespeare cuando han producido su primera piecicita en un acto y que, con los nervios siempre en tensión, son más mujeres que las mujeres mismas. Fagueyrat se sentía contento de pensar que, haciendo su propio negocio, proporcionaba una fortuna a una excelente y típica escritora. Le devolvió su mirada y su sonrisa, fraternalmente, desde los abismos del viejo sillón, donde se había dejado hundir en un momento de extático abandono.

Desgraciadamente, las miradas de Fagueyrat (*¡Oh! ¡qué extraño ardor dejan en mí sus ojos!*) no olvidaban nunca, como no las olvidaba él mismo, las expresiones de sus grandes papeles. No eran miradas ordinarias, animadas de las disposiciones del momento. Eran las que Hipólito aparta de Fedra, las que Rodrigo dirige a Jimena, las miradas con que Hamlet ilusiona a Ofelia, tan pronto como se insinuaba en ellas un poco de amabilidad.

Mezclábase con ésta una fatuidad inconsciente. Aun fuera de toda idea de conquista, Fagueyrat estimaba imposible que una mujer escapase completamente a su seducción. Como quería obtener de ésta decisiones para él más esenciales que el amor, y de las cuales dependía su amor mismo, desplegó una elocuencia grave, de palabras y actitudes, con sus expresiones de fisonomía más persuasivas. Fué seductor, de una seducción en que la naturalidad dominaba al artificio teatral, lo que daba un Fagueyrat superior al Fagueyrat de sus mejores creaciones. En aquel salón en que su voz no modulaba más que notas veladas y profundas, tuvo la ventaja de un don muy raro, y que él poseía perfectamente cuando no se esforzaba en clamores trágicos: un acento que, por el oído, va hasta el alma como una caricia.

Gil de Claircoeur no había tenido nunca una entrevista tan grata. Invadíale una dulzura que no le inspiraba el menor recelo. Todo se iluminaba en ella a la idea de que aquella conversación no era más que un principio. El principio de una cosa maravillosa: un trabajo común, intereses comunes, con aquel brillante Fagueyrat, el ídolo de tantas mujeres, uno de los actores más notables de París. Por lo bajo, ella exageraba las satisfacciones de su orgullo por no confesarse que ya brotaba una efervescencia más dulce de los estancados manantiales en que dormían sus ternuras y ensueños. Había creído verter toda su sentimentalidad en sus novelas. ¿Es que los raudales ardientes en que había derramado hasta crearlas agotadas las veleidades romancescas de su naturaleza, iban a subirle al corazón y a trastornar con un tumulto su tranquilo renunciamiento?..

No tuvo de ello temor alguno. Por otra parte, ¿en qué seguridad no la colocaban, respecto a semejante interlocutor, su edad y lo que ella no designaba en sí misma, lo que no tiene nombre en ninguna lengua femenina hablando de sí: su fealdad. «No soy tan fea como eso... Es que nunca me he tomado el trabajo de arreglarme... Y en cuanto a la edad... Fagueyrat tiene más de treinta años, y yo no he cumplido los cuarenta.»

Claircoeur se echó a reír.

— ¿Cómo?... preguntó, sorprendido, su visitante. Viéndola distraída, recobraba aliento, después de haber enumerado las escenas capitales de *Las desdichas de una modistilla*, y, hundido en lo más profundo del sillón, oscilaba, con un movimiento de mecedora, sobre las fajas estiradas.

— Usted dispense; no me río de lo que usted decía, exclamó la novelista, con una alegría, una animación que parecía haberla rejuvenecido. No, me burlo de mí misma. Una idea absurda, que me pasó por la cabeza. ¿No le sucede a usted lo mismo, Sr. Fagueyrat, en los momentos más serios?

— Me sucede en escena, señora, en los minutos más patéticos. Es espantoso.

— ¡Dios mío!, no vaya a darle un acceso de risa representando mi Adhemar..., no..., en fin..., el protagonista..., llámese como se llame, en vez de Adhemar. El nombre me es igual. ¡Cuando pienso que va usted a representarlo! ¡No quiero crecerlo! ¡Estoy tan contenta!

Se veía que estaba contenta. Resplandecía de satisfacción. No era ya la buena señora de bata de lanilla, con una mejilla encarnada y la otra descolorida. Un igual color de rosa animaba su rostro, ponía un reflejo en las pupilas rubias de sus grandes ojos llenos de alegría, hacía que la bata casi le sentase bien y que el chal de tul, puesto de prisa y de cualquier modo, trapease ahora con ligereza, con gracia, merced a no sé qué gesto instintivamente coquetón de aquellos dedos femeninos que tantos años de labor, tantos millares de líneas escritas no habían podido entumecer.

— Pero, después de todo, Sr. Fagueyrat, el drama no está hecho.

— Se equivoca usted, señora. El drama está hecho. Va usted a ver. ¿No tiene usted un borrador, un esbozo, un plan?

— Sí..., muy completo, muy detallado. Me había propuesto darlo al Ambigü. Pero, aun dudaba. El Ambigü..., necesita melodramas con todas las de la ley. Yo quisiera, conservando el elemento dramático, acercarme a la comedia de costumbres.

Que el autor a quien han devuelto su manuscrito sin explicación, le eche la primera piedra.

Fagueyrat no se dejó engañar. Sabía que un manuscrito en el cajón de un escritor, es una mercancía a la cual no se ha podido dar salida por falta de demanda. Si no, las cuartillas tendrían alas. Que no hayan partido aún o que hayan vuelto humillados, la desgracia es igual.

El actor dijo a Claircoeur:

— El plan... ¡Pero si es todo lo que pido! ¡Vejo de tal modo mi papel!.. Lo viviré, lo crearé a medida que el drama adquiere forma, con usted, delante de usted. ¡Figúrese usted, señora!.., es un sueño que realizo. Cuando siento profundamente un papel ardo en deseos, a cada instante, de substituir las frases del autor, demasiado compuestas, demasiado pálidas, demasiado compactas, con los gritos más vivos, impregnados de mi alegría o de mi dolor, que la ardiente realización de un carácter hace brotar de mi alma.

Dijo bien esto. La verdad es que lo creía. Muchos actores lo creen. Y todos, en un momento de entusiasmo, son capaces de encontrar la frase de una situación, de colaborar, más o menos, en la obra que interpretan. Pero raramente por la sencillez. La busca del efecto personal los incita al énfasis.

— ¡Ah!, exclamó la folletinista, será admirable. Con el sentido del teatro, que tan bien posee usted y de que yo carezco...

Fagueyrat protestó:

— Usted tiene, señora, escenas que bastará cortar, tal como se hallan en la novela.

— Pero ¿y el principal papel femenino, la modistilla, mi pequeña Lulú?..

— ¡Oh!, para ella, tenemos, señora, una intérprete extraordinaria.

— ¿Quién?..

Fagueyrat hizo un gesto indicando el misterio. Pero como, al hacer este gesto, le faltó el apoyo del codo pareció, al hundirse en el sillón, un naufrago agitando un brazo convulso.

Nervioso, se levantó, abandonó definitivamente el voltaire y sus tapicerías emblemáticas.

Acercándose a Claircoeur murmuró con un dedo sobre los labios:

— Para su deliciosa Lulú, tendrá usted una sorpresa. Permitame usted que no le diga aún el nombre de la artista en quien he pensado. Le proponen contratar en todas partes. Sería una suerte loca tener a esa chica. Debemos maniobrar hábilmente. Déjeme hacer. Cuento algo con la amistad que me tiene, con la influencia que sobre ella ejerzo.

— ¿Es una debutante? ¿Un primer premio del Conservatorio?

— Mejor que eso... ¡Un temperamento artístico!.. Fina, bonita, joven... Para su modistilla hace falta una actriz muy joven..., la frescura de una niña de quince años... Nada de artificial... Naturalidad, espontaneidad... Es el ideal ¿no es cierto? No se puede hacer representar semejante papel por una actriz conocida, de efectos que el público se sabe de memoria, por más talento que tenga.

— ¿Y usted cree que tendremos esa perla?

Fagueyrat meneó la cabeza.

— Haré todo lo posible.

— ¿Pertenece ya al Teatro Trágico?

El actor, que se paseaba ahora por el gabinete, se detuvo, hizo un movimiento de sobresalto y volvió la cabeza hacia su interlocutora, con los párpados descajados y la boca entreabierto. La mímica del estupor, tal como la enseña en su clase todo profesor de declamación.

Claircoeur se repitió lo que acababa de proferir, cerciorándose de que el sonido percutía aún en sus oídos y de que no había preguntado por distracción, si la actriz ejecutaba la danza del vientre o se tragaba escorpiones vivos. Vió venir a Fagueyrat hacia ella y plantarse a un paso, con los brazos cruzados. Y fué tal su súbita inquietud, que experimentó un notable desahogo cuando le oyó emitir, al fin, esta simple frase:

— ¿Pero usted creía que su obra iba a ser representada en el Teatro Trágico?

— Sin duda.

— ¡Mi querida autora!.. El Teatro Trágico no es digno de usted. En una escena tan pasada de moda, tan imbuida en las viejas rutinas, no puede apreciarse en todo su valor el drama admirable, de un modernismo emocionante, que va usted a sacar de *Las desdichas de una modistilla*.

— ¿Entonces?

— Pero ¿no lee usted los periódicos? ¿Tan apartada vive usted de la existencia social? ¡Cómo! ¡Es usted la única que ignora que he dejado el Teatro Trágico! Es curioso. Sí, mi querida autora, lo he dejado. He cedido a la opinión, a los ruegos reiterados de los críticos y del público. Cada día, cartas y artículos. No puede usted figurarse lo que decían... «El puesto de un artista como el Sr. Fagueyrat no es un teatro de segundo orden. Con sus dotes tan personales... (cito palabras textuales, señora) con sus dotes tan personales, su arte escénico, la originalidad de su gusto, el Sr. Fagueyrat nos debe un cuadro nuevo, una compañía inspirada por él, obras que respondan a una fórmula nueva. El Sr. Fagueyrat se debe, y nos debe, un Teatro Fagueyrat.» ¿Es posible, señora, que no haya encontrado cien veces en los periódicos apreciaciones por el estilo?

— ¿Qué quiere usted? Leo poco los periódicos, o los leo mal. Recorro sobre todo los sucesos y los tribunales... en busca de asuntos para novelas. Pero lo siento... Hubiera aplaudido con entusiasmo. Tenían muchísima razón. El Teatro Trágico, sea dicho entre nosotros, es un Ambigü de segundo orden.

— Efectivamente.

— Entonces ¿dónde está usted?..

La novelista trató de adivinar. Ante la expresión enigmática y desdenosa del actor, no se atrevía a hacer ninguna suposición. Pero como él se estaba quedando, ella se atrevió al fin a preguntar:

— ¿En el Teatro Francés?

Fagueyrat se encogió de hombros.

— ¡El encharcamiento en la tradición! ¡El entierro de primera clase!.. Los hay, señora, que pueden reguir los caminos trillados. Yo no. Aunque esos caminos fuesen los de la fortuna y de los honores.

— ¡Ah! Le comprendo a usted, murmuró la novelista.

Lo mismo le hubiera comprendido si él le hubiera manifestado otra cosa cualquiera. ¡Lo decía tan bien! ¡con tanta alma! La llamaba su «querida autora». Existía un lazo entre ellos. Y, hablar de teatro a una literata a quien vuelve loca la esperanza de ver alguna obra suya puesta en escena, es asegurar, hasta las peores extravagancias, la buena voluntad de los oídos más crédulos y extasiados del mundo entero.

— ¿No le he dicho a usted que me imponen la fundación de un Teatro Fagueyrat?

— ¿Usted empresario?.. ¿Pero usted representaría?

— Naturalmente. Como todos los artistas que toman un teatro.

La novelista no encontró ya frases para aprobar, para exhalar su entusiasmo. Manifestó una alegría triunfante al descubrir que, resuelto a crear un nuevo teatro, el actor no había encontrado nada mejor, para inaugurar su dirección, que ir a pedirle un drama sacado de *Las desdichas de una modistilla*.

— Es el alto alcance moral y social de la obra lo que me ha seducido, declaró. Desarrolla usted las

miserias de la obrera que quiere permanecer pura y los peligros del aprendizaje. Se estremece uno ante las tentaciones y seducciones de Lulú. ¡Qué corazón ha puesto usted en esa obra, señora! ¡Sólo una mujer podía escribir esas páginas!

— He puesto en ellas lo mejor de mí misma. ¡Oh! ¡tener bastante talento para hacer un poco de bien!.., suspiró Claircoeur. ¡Mi pobre pequeña Lulú!.. No me atrevo a confárselo, caballero..., pero lloré más de una vez al escribir su historia.

Las lágrimas le brotaron de los ojos y rodaron por sus largas mejillas, antes de que ella hubiese tenido tiempo de sacar un pañuelo de su bolsillo disimulado bajo los pliegues de la bata.

Fagueyrat se acercó a ella y le tendió la mano. También él tenía los párpados húmedos. ¡Y con qué sinceridad de emoción!

— Permitame usted que se lo diga, Gil de Claircoeur. Usted me inspira una simpatía y una admiración profundas. Estoy orgulloso de colaborar con usted.

— Y yo también, mi querido intérprete, mi querido amigo, estoy contenta, estoy orgullosa.

Se estrecharon las manos. Y no se abrazaron porque la embriaguez de los bastidores apenas empezaba a trastornar la cabeza a la juiciosa y — hasta entonces — tranquila novelista. La efusión fué calurosa pero fué tal que no pudo ofuscar en lo más mínimo a los grifos que sostenían las columnas salomónicas de la estantería ni al voltaire de listas de tapicería heráldica.

Claircoeur preguntó luego qué teatro contaba tomar Fagueyrat.

— ¡Pero no había más que uno posible! Elegante, central, una sala recientemente renovada, ni demasiado vasta, ni mezquina — libre entonces por una feliz casualidad — las *Fantaisies-Louvois*, en la plaza de Louvois. un teatro cuyo camino el público había olvidado un poco. Pero ya se le recordaría.

— ¡Oh!, es mejor de lo que yo hubiera esperado... ¡El Louvois!, dijo Claircoeur, empleando la abreviación corriente. ¿Lo compra usted?

— No, lo arriendo. Usted sabe que el edificio pertenece a una sociedad. Pues bien, uno de los miembros influyentes del Consejo de Administración de esa sociedad es amigo mío de colegio, el marqués de Sepol. Él es quien me reserva una prioridad de favor para firmar el arrendamiento. Debo dar una contestación antes de mañana.

— ¿Cómo! ¿No ha dicho usted ya que sí?.. ¡Dios mío! ¡Si se nos adelantase otro arrendatario!

— Tengo la palabra del marqués por todo el día de mañana.

— Entonces ¿qué espera usted?

— Espero, ilustre amiga, la certeza de debutar con *Las desdichas de una modistilla*.

— ¡Oh!..

Claircoeur no profirió más que esta exclamación profunda. Y miró a Fagueyrat, con ojos que fueron hermosos en aquel instante, y que como tales los juzgó él.

Entusiasmado por el éxito, ya seguro, de sus complejos proyectos, el actor exclamó, con el calor de la juventud y de la sinceridad:

— Señora, libremos la batalla juntos. ¡Por quien soy que la convertiré para usted en una gran victoria!

Casi en seguida, una expresión distinta, en que reaparecía el artificio de ciertos papeles, apagó el fuego de sus facciones.

El actor añadió:

— Falta todavía una pequeña formalidad... ¡oh!.., poca cosa...

— ¿Nuestro contrato?

— No. ¡Nuestro contrato!.. ¿Qué falta hace? Los derechos de usted están garantizados. Diez por ciento sobre el producto bruto. Me refería al arrendamiento del Louvois.

— ¿Pues?

— Me piden — simple formalidad, lo repito — una segunda firma de garantía.

— ¿De garantía?.., repitió la escritora, desconocedora de los negocios como un niño de teta.

— Sí. ¿Comprende usted?.. Un alquiler de doscientos francos por noche — seis mil francos mensuales, no es nada para nosotros. (Decía «nosotros» a fin de marcar el interés que ella tenía en el negocio, y como si su drama no tuviese que desaparecer nunca del cartel.) He obtenido condiciones excepcionales gracias a Sepol. Doscientos francos sobre entradas que, admitiendo lo peor, suponiendo la sala medio vacía, serán de tres mil francos.

Rápida, y como ajena a su pensamiento, una voz en Claircoeur calculó:

«La décima parte de tres mil == trescientos francos por noche, al menos, para el autor.

(Se continuará.)

## EL ESMALTE JAPONÉS, POR MAXIMILIANO KUTSCHMANN

Los trabajos en esmalte del Japón moderno figuran entre los productos artísticos del lejano Oriente más solicitados en Europa. Ni el gran número de obras de esmalte que desde aquel país se exportan a todo el mundo, ni la ejecución perfecta de los mejores ejemplares, dejarían suponer que el ejercicio de este arte es allí de fecha reciente. El esmaltado representaba un papel muy secundario en la alfarería del antiguo Japón; dejando aparte los jarrones ordinarios de labor provincial, que ningún valor artístico tienen, únicamente algunos objetos de pequeñas dimensiones se han confeccionado, hasta tiempos muy modernos, en esta técnica que ha sido siempre usual entre los pueblos cultos del continente asiático: reversos de espejo de metal, ornamentos de espadas de la época de Tokuwaga y cabezas de clavo decorativas, son los objetos que accidentalmente se adornaban por este procedimiento. La fabricación de los magníficos jarrones que tanto abundan en el comercio europeo, no comenzó en el Japón hasta que allí se observó cuán solicitados eran en China y a cuán altos precios se pagaban por los coleccionistas de Europa esas piezas puramente decorativas.

Así como en China hasta las piezas destinadas a la exportación eran fabricadas según el gusto nacional tradicional, los japoneses, al dedicarse a esta especialidad artística, nueva para ellos y no enlazada con ninguna tradición indígena, se amoldaron de antemano a los deseos de los clientes europeos; de suerte que nació allí una industria artística marcadamente europea ejercida en el Japón por japoneses y cuyos productos contempla con absoluta indiferencia el coleccionista japonés, quien se aprovecha, sin embargo, de ellos para obsequiar a los europeos cuya benevolencia quiere conquistarse o para demostrar su agradecimiento por algún favor recibido. Pero si el europeo a quien se desea obsequiar es considerado como conocedor del antiguo arte nacional japonés, no se le regalan ni esos magníficos jarrones adornados con esmalte ni tampoco esas grandes piezas llamadas lozas de Satsuma que, en su origen, debieron también su existencia a los deseos de los europeos.

Más si el arte del esmalte no es propiamente japonés, en cambio los productos del mismo mueven a admirar las eminentes aptitudes técnicas de los japoneses, para quienes parece cosa de juego vencer las inmensas dificultades que entrañan todas las labores que para su realización necesitan de la acción del fuego, siempre tan incierta. Las mejores obras de

esta clase son de una ejecución tan perfecta que, al verlas, no se piensa en la dificultad extraordinaria que su confección significa.

rrones esmaltados aumentan con el tamaño de éstos. Ya en la manipulación de los grandes cuerpos metálicos que más tarde han de recibir el decorado se requiere el más exquisito cuidado y la mayor habilidad. En la fabricación del cuerpo de esos jarrones, los japoneses nada tienen que envidiar a los chinos; en cambio, raras veces logran alcanzar el volumen y la belleza de formas que aquellos consiguen en sus labores.

Después de terminado el cuerpo del jarrón, se aseguran en la parte inferior, cuidadosamente tratada, los hilos de metal que separan las superficies de los distintos colores; para cada matiz hay que señalar un hueco especial en el que se introduce la pasta de color, a fin de que los colores, al derretirse por la acción del fuego, no se mezclen. Los maestros del esmalte europeos de la Edad Media utilizaron, como los artistas del continente asiático, los hilos metálicos que esta técnica requiere a fin de enriquecer y aumentar el efecto decorativo de sus trabajos; al paso que los actuales japoneses ponen desde hace tiempo todo su empeño en prescindir del posible de

esos contornos metálicos. Algunas fábricas no dan a éstos más que el grueso de un cabello; otras han conseguido hacerlos absolutamente imperceptibles a simple vista. De esta manera se ha logrado imitar obras de pintura que, si bien son elegantes y admirables desde el punto de vista técnico, carecen del encanto característico que tienen otros trabajos de esmalte más primitivos y menos primorosos de otros pueblos.

Correspondiendo al refinamiento de la técnica, procuraron naturalmente los japoneses una mayor riqueza de colores y aumentaron hasta lo infinito los pocos tonos simples de las pastas de que disponían los artistas de otros países. Las grandes experiencias recogidas durante muchos siglos en la fabricación de los barnices de colores de las obras de cerámica, facilitaron extraordinariamente las tentativas hechas en tal sentido; de suerte que, al cabo de poco tiempo, se habían encontrado todos los tonos deseados, lo mismo los opacos que los translúcidos. Así es que para los esmaltadores japoneses modernos no constituye la menor dificultad el representar con sus colores naturales los pájaros y las flores, que son los temas principales de sus decoraciones.

Acostumbrados desde antiguo por sus labores en laca dorada al trabajo más minuciosamente correcto, y acostumbrados asimismo desde hace siglos por la fabricación



El grabado de los jarrones de bronce

Las grandes obras, casi demasiado correctas, del arte del esmalte japonés, demuestran que los japoneses originariamente no tienen gran inventiva en materias técnicas, que acogen con gran entusiasmo todo ejercicio manual importado de fuera, y que con su extraordinario sentimiento de lo que puede hacerse con los materiales saben llevar la técnica hasta la elegancia y el refinamiento supremos. Bien es verdad que en las artes de exportación a las altas cualidades técnicas no siempre corresponde igual valor artístico. El virtuosismo casi cínico, por decirlo así, en la manera de tratar el material, hace que los artistas japoneses traspasen con harta demasiada frecuencia los límites de la noble reserva que, en lo



Pintando los jarrones de porcelana

demás, les es propia, y busquen efectos más propios del artesano que del artista.

Las dificultades de la fabricación de grandes ja-

de vasijas artísticas, barnizadas con los más variados colores, a dominar el fuego, no encuentran grandes dificultades en la confección de esas obras maestras de la técnica que solemos ver en los magníficos jarrones.

Y no contentos con lo hasta ahora conseguido, esfuérganse aquellos artistas en obtener nuevos efectos cada día de los materiales en que trabajan.

En Nagoya, por ejemplo, sobre el fondo de plata se trazan estrias onduladas que relucen al través del esmalte de color transparente que sobre ellas se aplica.

Esta invención técnica no significa, sin embargo, un verdadero progreso artístico.

Para comprender la extensión que en el Japón ha tomado en poco tiempo esta rama del arte relativamente nueva, bastará citar las cifras de exportación.

En 1909 se exportaron esmaltes por valor de 240.000 pesetas, cifra que al año siguiente elevóse a cerca de 310.000.

En esta cantidad no están comprendidas naturalmente las innumerables piezas que los extranjeros adquieren en el país mismo.



Dando la última mano a los jarrones de porcelana

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

MANUAL DEL MODELISTA MECÁNICO, DEL CARPINTERO Y DEL EBANISTA, por *Valentín Goffé*. — En este libro, fruto de larga experiencia de quien ha debido vencer las más intrincadas dificultades de la carpintería industrial, se estudian detenidamente las diversas clases de maderas, su conservación y sus aplicaciones; los utensilios y máquinas para el labrado de las mismas y los procedimientos para aplicarlos a la confección de las diversas piezas; los trabajos de modelado, con numerosos ejemplos de los modelados más frecuentes en la práctica o de los que requieren el empleo de métodos particulares; y la organización de los talleres y almacenes, los trabajos de acabado y las operaciones de barnizado y tintura de la madera. Un tomo de 306 páginas con 305 grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili. Precio, 8 pesetas en rústica y 9 encuadernado en tela inglesa.

CURS PRÁCTICO DE LA LENGUA ESPERANTO, por *Federico Pujolá*. — Formando parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» que con tanto éxito se publica en esta ciudad, se ha puesto a la venta la segunda edición, corregida y aumentada, de esta obra, cuyo mejor elogio queda hecho diciendo que la edición primera se agotó en pocos meses. El libro del Sr. Pujolá contiene las reglas gramaticales, ejercicios prácticos en esperanto y en catalán y un vocabulario catalán-esperanto con cerca de 800 palabras, y es de gran utilidad para los que quieran dedicarse al estudio del idioma inventado por el Dr. Zamenof. Un tomo de 116 páginas; precio, 50 céntimos.

**AVISO A LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVA

ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

**Parque canino de Eisenberg para la cría y el comercio de PERROS DE RAZA**

**RICHTER Y C.ª, EISENBERG S.-A.**  
142 Alemania

PROVEEDORES DE PERSONAS DE SUMA DISTINCIÓN, DE OFICIALES, DE ECLESIASTICOS, ETC.

Proporcionan TODA CLASE DE PERROS DE RAZA desde los MÁS GRANDES LADRADORES, de GUÍA y de VIGILANCIA hasta los MÁS PEQUEÑOS FALDEROS, PERROS DE GAZA y de POLICIA. Envío a TODOS LOS PAISES y en TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. Garantía de procedencia sana. SERVICIO REAL, HONRADO Y FÁCIL. MAGNÍFICO ALBUM con ilustraciones y descripción de las razas con lista de precios. Pesetas 2,15 con abono en la compra. Lista de precios gratis y franco. NUMEROSAS CARTAS DE GRATITUD escritas ESPONTÁNEAMENTE son la mejor prueba de la EXCELENCIA DE NUESTRAS ENTREGAS.

**DENTIFRICOS HIGEA**

ELIXIR POLVOS CREMA

**HISTORIA GENERAL DEL ARTE**

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

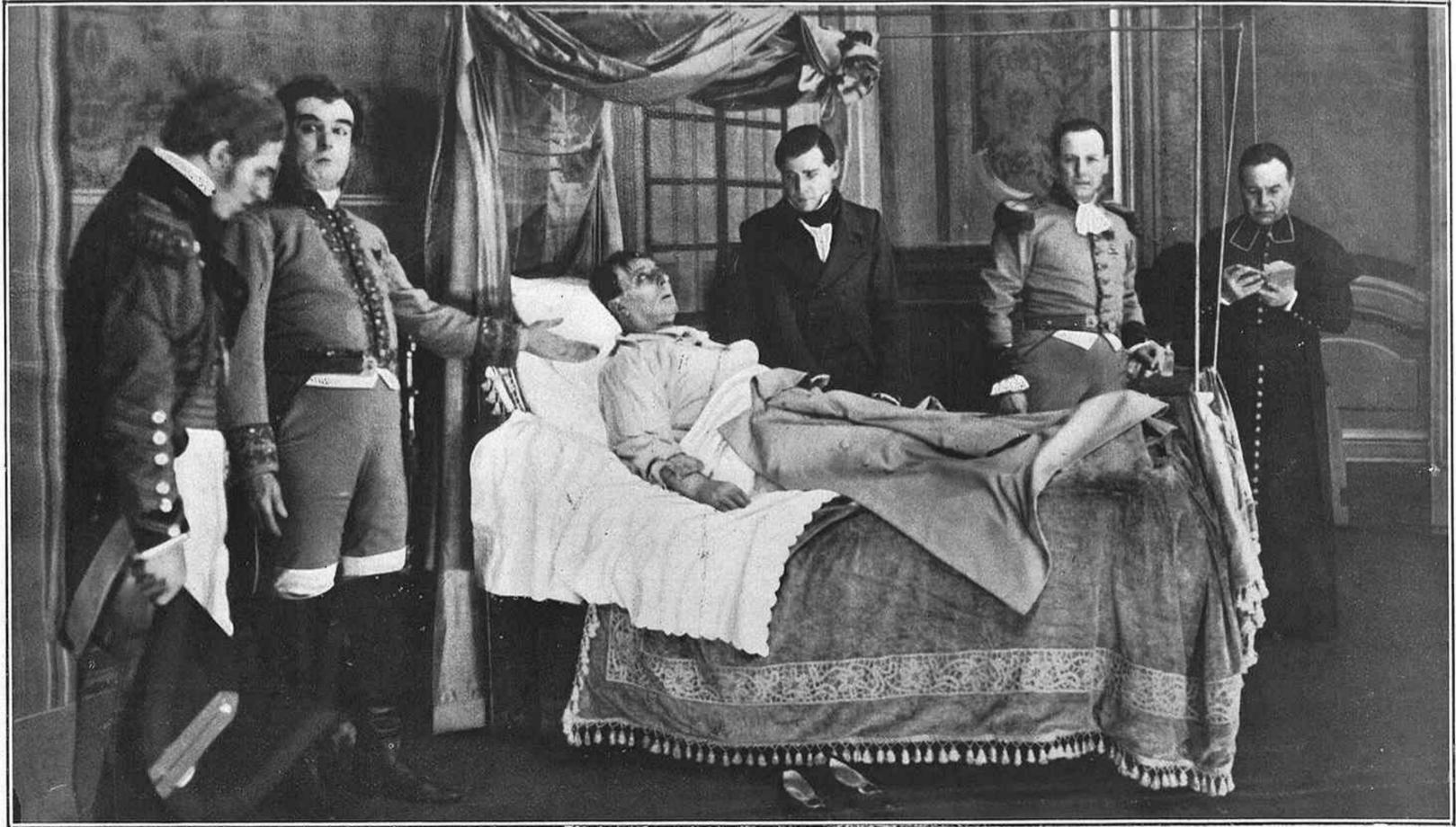
**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**ZEISS GEMELOS**  
PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA  
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»  
De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por  
**CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA**  
Berlín — Hamburgo — Milán — Londres  
París — San Petersburgo — Viena — Tokio

**ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
Cura das por el El más activo y económico, el único Inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE. DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Barcelona. Teatro de Novedades. - El eminente actor Ermete Zacconi en la última escena del drama de Peláez d'Avoine «Napoleón»  
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

El ilustre actor italiano Zacconi ha dado una corta serie de representaciones en el Teatro de Novedades y nuestro público ha podido admirar una vez más al genial artista en sus principales creaciones. *Il cardinale Lambertini, Lorenzaccio, La morte civile, Spettri, Napoleone, Il diavolo* y *Otello* han sido las obras por él representadas, personificando en ellas por modo maravilloso los más distintos personajes, interpretando con sin igual maestría los más diversos ca-

racteres, sintiendo y haciendo sentir con intensidad insuperable los estados anímicos más contrapuestos. En la dicción, en la mirada, en el gesto, en todo se revelan el alma del artista y el estudio acabado del actor, que, gracias a este excepcional concurso de aptitudes, subyuga y arrebató al público. Barcelona ha tributado a Zacconi, en esta última visita, ovaciones tan grandes como merecidas.

**FUMISTERIA: CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**  
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para la rápida curación de las *Afecciones del pecho, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo, recomendado por los primeros médicos de París.  
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**PERROS DE RAZA**  
DE TODAS CLASES

Criadero deportivo «La Wartburg». Distinguido con más de 200 premios del Estado, diplomas de honor y de clasificación (SIN COMPETENCIA). Lista de precios núm. 26 gratis. Album artístico núm. 26 contra envío de marcos 1,50.  
PAUL KOEHLER, OSSMANNSTEDT (Alemania)

Paris

1849

**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Se vende y conserva el cutis limpio y sano  
Casa CANDÈS  
B<sup>a</sup> St-Denis, 16

PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · **MOSAICOS BARCELONA**

**ORSOLA · SOLA · Y · C**